

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Pereza Diligencia.

SESTA Y ULTIMA PARTE.

(CONCLUSION).

En el momento en que Zafiro se disponía á montar, salieron del bosquecillo tres caballeros desconocidos montados en fogosos corceles con direccion á la cabaña.

El primero vestía una holgada túnica de color de púrpura bordada de oro y cubierta en parte por un albornoz de finísima lana de cachemira. Sobre sus cabellos largos y ensortijados que sombreaban un rostro moreno, fino y espiritual, se destacaba un magnífico gorro griego del mismo color y riqueza que la preciosa túnica.

Los otros dos llevaban un traje completamente asiático y sencillo por demás, que no se parecía en nada al de su señor, y cuyo mal gusto revelaba su clase de esclavos.

María Francisca y Effie se quedaron atónitas contemplando la dorada túnica del Nabad.

Zafiro detuvo respetuosamente su caballo para saludar al desconocido que se había parado á pocos pasos de la cabaña, quedándose por algunos momentos pensativo, como quien se esfuerza en reunir sus recuerdos.

María Francisca estremadamente curiosa, salió algunos pasos fuera de la puerta para ver mas de cerca al recién llegado.

En el momento en que la guagira alzaba cándidamente los ojos, deslumbrados por el oro y la pedrería, el caballero echó rápidamente pié á tierra y se lanzó al cuello de María Francisca, estrechándola tiernamente contra su corazón.

—Colibrí! exclamó la guagira sintiendo sobre su frente los labios de su hijo.

AGOSTO.

—Mamita! mamita! repetía el Nabad arrastrándola en sus brazos hacia la cabaña.

Effie estaba trémula de admiración y de sorpresa.

—Zafiro! Zafiro! exclamó la guagira, llorando de gozo; ven, hijo mio, ven, á abrazar á tu hermano.

—Vuestro hijo! murmuró Colibrí mirando á todas partes con recelo; ¿y dónde está ese hijo, mamita?

Zafiro tendió la mano á Colibrí sin atreverse á mirarle frente á frente.

Naturalmente tímido y pudoroso temía herir con su franqueza el orientalismo del nuevo Crespo.

—Ah! eres tú? exclamó Colibrí echándole los brazos al cuello; no había visto mas que á mi madre. Y Ascanio? añadió con el interés que siempre había manifestado por el mulato.

—Morí! respondió Zafiro con voz sombría y bajando los ojos como para ocultar su flaqueza.

—Morí! repitió Colibrí estremeciéndose al recordar la amistad que le unía con aquel atleta.

Y María? añadió despues de algunos momentos de silencio.

—Morí! respondió de nuevo Zafiro, dejando correr las lágrimas que se agolpaban á sus hermosos ojos.

—Morí! ella tambien? exclamó asustado Colibrí. Oh! el ángel de la muerte ha estendido sus alas sobre la cabaña de los cimarrones!

Y aterrado por aquel sencillo relato permaneció algunos instantes en silencio.

Luego dió orden á sus esclavos para que hiciesen entrar los corceles en la caballeriza, y entró en la cabaña apoyado en el hombro de Zafiro.

María Francisca no cesaba un momento; iba y venía sin cesar á la cocina dando órdenes á Effie, y ayudándola á ejecutarlas, que la pobre niña poco acostumbrada al trato de gentes, estaba medio aturrida.

Luego que la frugal comida estuvo preparada, María Francisca se sentó á la mesa al lado de sus hijos para oír de boca de Colibrí, los acontecimientos que habían tenido lugar en los tres años de ausencia.

Colibrí, el romántico cantor de los bosques, asombro de la universidad de Samarcanda, pensionado por el Shad de Persia, volvía solo á la isla en busca

de dos mujeres, á las que habia jurado amar toda la vida.

—Ah! exclamó la guagira no pudiendo reprimir una lágrima de despecho; yo creía que solo amabas á tu pobre mamita.... hombre al fin!

José Andrés se lanzó al cuello de la guagira estrechándola y repitiendo con apasionado acento:

—Te amo, te amo, mamita mia; pero ¿no sabes tú que por ella dejará el hombre á su padre y á su madre?

Y Colibrí refirió á Zafiro y á su madre toda la historia de su peregrino amor, pintándoles á su amada con los mas bellos y poéticos colores.

La guagira, apoyados los codos sobre la mesa, le escuchaba con una atencion que revelaba el gran interés que su corazon tomaba en aquel relato.

Luego que Colibrí cesó de hablar, María Francisca le refirió todo lo que habia sucedido á Zafiro, y la sencillez con que le habia adoptado por hijo.

Colibrí tendió la mano al joven negro, como para ratificar la promesa de su madre.

—Pero ¿quién es esta hermosa criatura? exclamó Colibrí fijando los ojos en Effie que deslumbrada con su rico traje no se atrevia á levantar la vista para contemplarle frente á frente.

—Acércate, hija mia, dijo la guagira con solemnidad, tendiéndole la mano que la hermosa niña se apresuró á besar.

—Esta, añadió dirigiéndose á su hijo, es una pobre hija de los campos, una hermosa niña encontrada por unos infelices cimarrones y que Ascanio me dió por compañera el mismo día de tu partida. Oh, hija mia! exclamó abrazándola tiernamente; nada temas, no; he jurado que cerrarás mis ojos.

—Y me abandonais, madre? exclamó Colibrí con voz conmovida.

—No, hijo mio; no te abandono, pero no debo hacerte torcer el camino que Dios te ha señalado; tú perteneces ya á otro clima, á otra sociedad en la que yo me ahogaría; porque yo necesito el aire libre, la luz del campo, el canto de los pájaros; necesito correr y alegrarme con los guagiritos y comer las bananas asadas entre la ceniza. Vé, hijo mio, en busca de la mujer que amas. Yo la bendigo para que te haga feliz. Vé; yo me quedo aquí en la cabaña que te vió nacer; hija de los campos, quiero dormir el sueño de la paz á la sombra de los plátanos y los cañaverales.

Y la guagira estendió ambas manos que estrecharon á la vez Zafiro y Effie.

Colibrí estaba conmovido; su corazon se partia de dolor al dejar en la isla á la que le habia servido de madre; pero el amor alza siempre la voz sobre las demás pasiones, y el enamorado joven accedió por fin á la proposicion de María Francisca, no sin que las lágrimas se agolpasen á sus ojos negros y aterciopelados.

Acompañado de Zafiro y de sus dos esclavos se encaminó al momento á Puerto Escondido; pero Laura habia partido ya, y la casa desierta mostraba sus alegres rejas doradas que brillaban al ardiente sol de mediodía.

Al ver la reja donde Laura habia apoyado su pe-

regrina cabeza, Colibrí sintió conmovirse todo su ser, y exclamó elevando sus manos hácia la ventana.

—Hipatia! Hipatia!

El eco repitió aquel nombre que fué á perderse lentamente en la soledad.

Triste, meditabundo, dirigióse Colibrí á las casitas esparcidas por aquellos alrededores, pero solo pudieron decirle que la familia de Palmerolles habia desaparecido hacia ya muchos dias.

Ciego, desesperado, no sabiendo á quien acudir, encaminóse á Chateau-Fort quedándose oculto Zafiro en los alrededores de la Residencia.

El nuevo propietario refirió á Colibrí como se habia hecho dueño de aquella finca, la misteriosa desaparicion de Magdalena y el desastroso fin de aquella joven desheredada convertida ya en una desvalida inclusera.

—Pero ¿y Laura? nada sabeis de Laura, le preguntó de nuevo Colibrí.

—Ah! sí, Laura.... la institutriz, la maestra de mis hijas.... esa pobre muchacha, amigo mio, ha salido para España con toda su familia.

—Como! exclamó Colibrí procurando contener su emocion; ¿ha dejado la isla para siempre?

—Psit! ¿y qué diablos quereis que hicieran en la isla? Pero.... aguardad, añadió reparando en la palidez de Colibrí, si os interesa esa... esa pobre niña, dirigíos al duque de Marianao. La señorita Eloisa podrá responder á todas vuestras preguntas.... era su discípula predilecta.... En cuanto á mí, ya veis; soy un hombre honrado que solo me ocupo de mis cafetales y mis ingenios.

Colibrí alargó su mano á Landí, le dió las gracias por su condescendencia y se encaminó sin descansar á la casa de campo del duque de Marianao, donde pidió ser presentado á la señorita Eloisa.

Hallábase el duque con su hija en el salon, ocupándose ambos del próximo casamiento de la joven duquesa cuando entró Colibrí, al que seguian respetuosamente sus esclavos.

Al ver el rico traje y noble continente del desconocido, el duque se levantó alargándole cortésmente la mano como si fuese un amigo.

El poeta preocupado por su único pensamiento apenas acertaba á saludar á Eloisa, que le contemplaba con extrañeza.

—Vengo, dijo al fin acercándose cortésmente á la duquesa, á que me concedais una gracia de la cual depende la felicidad de mi vida.... Vos sois la única que puede hablarme con verdad acerca de la señorita Laura de Palmerolles.

—Ah! exclamaron á un tiempo el duque y Eloisa, fijando sus miradas en el desconocido.

Colibrí no pudo menos de sobrecogerse al oír aquella exclamacion.

—Quién sois? Quién sois que venís buscando á Laura con tanto anhelo? exclamó el duque devorándole con los ojos.

—Soy.... soy.... respondió Colibrí pasándose la mano por la frente y no acertando á pronunciar su nombre asiático.

—Sois.... el mas feliz de los hombres, añadió el

duque alargándole de nuevo la mano y arrastrándole suavemente hacia el sofá: sois el amante de Laura.... Oh! sí, añadió, viendo la turbación que experimentaba Colibrí; no os esforceis en negarlo, porque mi corazón me dice que sois vos.

Colibrí balbuceó algunas palabras, pero no se atrevió á alzar los ojos hacia la duquesa.

—Amigo mío, le dijo Eloisa con dulzura; estais en vuestra casa.... el esposo de Laura es nuestro mejor amigo.

—Gracias, señorita, dijo al fin Colibrí con voz conmovida.... pues que tanto la amais seria una vileza el engañaros... sí... yo soy.... yo el que vivo en su alma como ella vive en la mía. Laura me amó cuando yo no era todavía digno de poseerla.... el amor hace imposibles, y hoy vengo á ofrecer á sus pies mi corona de oro.

—Luego sois poeta laureado?

—Sí, señorita; Dios ha querido concederme ese honor para hacerme mas digno de ella.... Vivía de su trabajo, de un trabajo impropio.... En adelante será una de las mujeres mas opulentas de la corte de Hispahan.

—Gran Dios! exclamó el duque levantándose; ¿es posible que penseis en dejar la isla?

Colibrí se sonrió.

—Ah, señor duque! la gloria es la patria.... allí están mis ilusiones, allí mi fortuna, allí mi poesía. ¡Cuán tibio me parece ahora el sol de la isla! ¡Cuán tristes sus praderas, cuán pálidas sus flores! el Asia, señor duque, es la poesía, la belleza ideal, el paraíso!

Colibrí supo del duque y de su hija todo lo que deseaba saber, y despues de haber sido obsequiado y acariciado como la misma Laura, volvió á reunirse con Zafiro, inquieto ya por su ausencia.

Cuando llegaron á la cabaña el sol se habia ocultado ya, y las sombras del crepúsculo empezaban á envolver la tierra con su manto de bruma.

María Francisca y Effie los aguardaban á la puerta de la cabaña.

Colibrí no tuvo valor para despedirse tan pronto de la guagira.

—Pobre madre! decia: dejémosla dormir tranquila una noche siquiera.

A la mañana y cuando se encontraba almorzando alegremente en derredor de la mesita de pino, Colibrí tomó entre las suyas la mano de la guagira y la cubrió de besos.

María Francisca dejó su banana y miró fijamente á su hijo.

—Madre, voy á partir, murmuró el poeta con voz entrecortada.

—A partir! tan pronto? imposible!

—No puedo vivir sin ella, madre; es mi vida, es mi alma, es el soplo que anima mi existencia.... manita, adios. Te dejo con tus hijos, que te amarán como yo te amo ¿No es verdad, hermanos míos?

Zafiro y Effie se arrojaron al cuello de la guagira.

—Zafiro, añadió Colibrí, Dios ha llevado á María á reunirse con sus ángeles.... el mundo no la merecía.... ahora te depara otro ángel para que te acompañe en tu peregrinación sobre la tierra....

¡hermanos míos! el cielo os ha reunido bajo un mismo techo, amaos siempre y amad á la madre que os ha deparado el cielo.

Zafiro bajó los ojos y en las pupilas de la joven negrita brillaron dos lágrimas de ternura que revelaban toda su emoción.

La pobre niña amaba á Zafiro sin poder explicarse aquel extraño y nuevo sentimiento.

Colibrí tomó entre las suyas las manos de los dos jóvenes y los bendijo derramando con ellos lágrimas de alegría y dolor á la vez.

María Francisca estrechaba sus tres hijos sobre su corazón como si fuese realmente su madre.

En vano trataríamos de pintar la tiernísima despedida que tuvo lugar en la cabaña: todos lloraban y se bendecían y se abrazaban prodigándose los nombres mas tiernos.

Colibrí logró por fin arrancarse de los brazos de su nodriza, y acompañado de Zafiro y sus dos esclavos, tomó á galope el camino de la Habana.

Al día siguiente, Colibrí se embarcaba para España en un vapor barcelonés, despues de haber dejado en poder de Zafiro una cuantiosa suma en billetes de banco.

VIII.

JUSTICIA DE DIOS.

"Y ni una sola lágrima, un gemido

"Sobre sus restos á ofrecer no van;

"Que es sudario de infames el olvido:

"¡Bien con su nombre en su sepulcro están!"

ZORILLA.

La fonda del Sol de oro era en Marsella la mas renombrada, y por consiguiente la mas cara y aristocrática en la época á que nos referimos.

"Rendez-vous" de todos los opulentos, de todos los californianos, desplegábase en ella un fausto que podia competir con el de los mas espléndidos hoteles de la capital de Francia.

—Marta, dijo á su mujer el fondista, vetusto milanés envejecido en la usura y en la adulación; es preciso que la cena sea esta noche mejor que nunca, porque el signore del número 10 partirá de madrugada, y una buena comida es para el viajero lo que el sol para los lazzaronis.

—Y no serás tú, Bautista, replicó la fondista poniéndose en jarras y arreglándose con la mano izquierda los mechones de cabellos grises que le caían sobre la frente, no serás tú quien lleve la cena á la signora.... ¡poverina! una taza de café de Moka la he servido esta mañana, y me dejó en el platillo una moneda de cinco francos!

—Iró, iró, replicó atufado el milanés mirando fijamente á la hostelera.

—Non irai ¡per la madonna!... y el hostelero y su varonil esposa, que hacían bolsillo aparte, armaron un altercado que hubiera llegado á ser ruidoso, si un campanillazo que resonó en toda la fonda no los hubiese obligado á correr á un tiempo hacia la puerta del cuarto número 10.

—Escellenza! exclamaron á la vez los dos esposos haciendo una profunda reverencia.

—Cerveza! traed cerveza, fondista del infierno!

—Escellenza! volvieron á repetir inclinándose hasta el suelo.

—Maldita fonda! exclamó el huésped paseándose con impaciencia por el gabinete; tres veces he tenido que tirar del cordon de la campanilla!

El fondista y su mujer volvieron al momento trayendo cada uno una botella de cerveza.

—Bravo! así quiero yo que me entiendan! dijo el huésped con acento mas conciliador; retiraos, amigos mios, y servidnos pronto la cena, pues habremos de salir á la una y quisiéramos descansar algunos instantes.

El fondista y su esposa se precipitaron fuera del cuarto disputándose una pieza de dos francos que les habia arrojado el huésped, y que ambos reclamaban como suya.

El huésped del número 10 era un hombre de mediana edad; pero tan elegante, tan fresco, tan hermoso, que podia figurar todavia con buen éxito entre los mas almidarados liones de "la Chaussée d'Antin."

Su gran bata de merino blanco bordada de oro, haria presumir que aquel afortunado fuese uno de esos ricos improvisados que se conocen en nuestro pais con el nombre de "indianos," y cuyo lujo impregnado de orientalismo, es á veces un poco escéntrico para la refinada sociedad de la vieja Europa.

Sus cabellos rubios y ensortijados se escapaban en gracioso desórden bajo un diminuto gorro griego de terciopelo azul celeste como el color de sus ojos, simpáticos y vivarachos.

El viajero parecia preocupado por una idea única, y no cesaba de recorrer á grandes pasos el gabinete, humedeciendo su garganta cada cinco minutos con un trago de cerveza.

Junto á un elegante velador maqueado hallábase sentada la *signora* hojeando con indiferencia un álbum chineco, no sin fijar de vez en cuando sus miradas en su compañero de viaje, que parecia cada vez mas agitado.

El lector habrá comprendido ya que los dos huéspedes del número 10 no eran otros que Lion y Magdalena, que para desorientar completamente á su cómplice habian tomado el vapor de Marsella en vez de tomar el de New-Yorck.

—Lion! Lion! se aventuró á decir Magdalena sorprendida por aquella estraña preocupacion.

El *commis voyageur* se pasó la mano por la frente, como procurando alejar la idea que le dominaba, y se acercó de nuevo á Magdalena esforzándose en fijar en ella su mirada vaga y horriblemente preocupada.

—En qué pensais, Lion? le preguntó la Bonmarché interrogándole con sus ojos de lince.

—Qué diablo! pensaba.... qué sé yo? me siento así.... con un malestar... si os parece podriamos descansar algunos momentos antes de partir.

Magdalena se encogió de hombros.

—Como gustéis, señora, añadió Lion volviendo

á su paseo; de todas maneras bueno será que los esclavos vayan arreglando el equipaje.

Y sacando de su bolsillo un silbato de oro, dejó oír un prolongado silbido que resonó en toda la fonda.

Los dos negros acudieron al momento.

Era la hora del crepúsculo y las campanas de las parroquias de Marsella entonaban el Angelus.

En aquella hora solemne en que todos los corazones sienten una necesidad de elevarse hasta el Criador, en que todos, ó casi todos los hombres se sienten inclinados al bien, en que todos los labios murmuran una plegaria mas ó menos fervorosa, Lion, acosado sin treguas por el demonio de la ambición, meditaba un crimen horrible, y de sus labios encendidos como la hermosa flor del granado, brotaban imprecaciones, sordas, terribles, como las de un condenado.

Magdalena tampoco rezaba, hacia ya mucho tiempo que comprendiendo todo el peso de sus crímenes, no se atrevian sus labios á profanar el santo nombre de Dios, y huía de la oracion como de un fiscal que la condenaba.

Yo comprendo perfectamente el terror que debe sentir el criminal al decir el Padre nuestro.

Lion dió orden á los esclavos para que trasladasen todos sus efectos al camino de hierro, y tomando una bugia de cera rosada se encaminó á su alcoba, donde permaneció largo tiempo encerrado con Magdalena.

El fondista que iba y venia sin cesar á la puerta del gabinete, no se atrevió á interrumpir el profundo silencio que reinaba en la estancia.

En uno de sus viajes se encontró con los esclavos que volvian de conducir el equipaje.

Cosul y Juan Vicente acostumbrados al sistema americano, no penetraban nunca en la habitacion sin ser llamados.

En vano el fondista les instaba para que avisasen á su señor de que la cena estaba ya servida; los esclavos se sentaron en silencio á la puerta de la habitacion con el oído atento para acudir al primer silbido.

Por fin la puerta del gabinete se abrió, y Lion pidió secamente una taza de café y una botella de rom.

—La cena, Escellenza! exclamó el fondista precipitándose hácia el umbral.

—Cosul, dijo Lion arrojando su bolsillo al esclavo, arreglad las cuentas con maese, y tomaos á nuestra salud la cena que estaba preparada para nosotros.

—Luego no cenais, Monseñor? volvió á preguntar el fondista.

—Os he pedido una botella de rom y una taza de café de Moka, lo oís? Cobraos vuestra cena, y haced que me sirvan mis esclavos; no estoy esta noche para vuestros Monseñores y vuestras Escellenzas.

Y Lion volvió á cerrar la puerta del gabinete, en el que volvió á reinar el mismo silencio.

Cosul sirvió á su amo la taza de café y la botella de rom y volvió á la cocina á devorar amigable-

mente la cena preparada para su Escellenza en compañía de Juan Vicente y de los hosteleros, que tratándose de aceptar, no sabían como se formulaba una negativa.

A las doce Lion dejó oír de nuevo el silbato de oro y los dos esclavos acudieron al momento.

Lion les hizo salir delante con los últimos restos del equipaje.

—No os separeis del embarcadero, añadió en voz baja; estad á la vista de todo.... no os haremos aguardar mucho tiempo.

Los esclavos salieron al momento, y Lion entró de nuevo en el gabinete, de donde salió á los pocos minutos en traje de camino.

—Escellenza! exclamó el milanés arrojándose á sus piés en el momento en que bajaba los primeros escalones.

—Estais pagado? le preguntó Lion impacientándose por aquel retardo.

—Ah! sí! Escellenza! pagado sí.... povero milanese!

Lion arrojó al hostelero una pieza de cinco francos, y prosiguió bajando la escalera principal iluminada de trecho en trecho por grandes quinqués y bastante clara para que pudiesen percibirse distintamente sus facciones, en las que se pintaba una viva ansiedad.

—Escellenza! exclamó á su vez la hostelera alcanzando á Lion cuando bajaba ya los últimos escalones.

Lion se detuvo.

—Ah! la signora! la signora! añadió Marta mirando á todas partes.

—La signora.... ha salido ya, respondió Lion balbuceando.

—Salido! y por dónde? exclamó atónita la hostelera.

—Eh! probablemente por ahí, mi querida Marta, respondió Lion recobrando su habitual sangre fría; pero no lloreis por Dios.... la signora no ha querido partir sin dejaros una muestra de su aprecio.... en su alcoba hallareis un gran cofre para vestidos... guardad en él los vuestros en memoria suya.

Y Lion bajó rápidamente los escalones, salió de la fonda precipitadamente, y desapareció por una de las calles que conducen al muelle, en tanto que Marta exclamaba con acento dramático:

—Poverina!

Apenas Lion había puesto el pié fuera del hotel del Sol de oro, el fondista y su mujer se encaminaron al cuarto número 10 á recoger como de costumbre las frioleras que en su precipitada marcha solían dejar olvidadas las mas veces los viajeros.

Esta vez la hostelera que caminaba delante con aire de triunfo, penetró la primera en el gabinete.

Sobre la mesa se veían todavía los restos de las botellas de rom y de cerveza.

Sin detenerse por entonces á registrar rincones, avalanzóse hácia la alcoba en busca de su anhelado cofre para vestidos; pero por mas esfuerzos que hizo no pudo abrir la puerta que parecia estar cerrada por dentro.

En vano el milanés empleó toda la fuerza de sus

puños; la puerta no pudo abrirse, y aplicando el ojo á la cerradura que estaba vacía, comprendieron que el huésped se había llevado la llave.

No sabiendo qué pensar, asustados al recordar que habían echado de menos á la señora, que el huésped había renunciado la cena, que había pedido una sola taza de café y que bajaba como preocupado las escaleras, acudieron á dar parte al prefecto de policía que se personó en la fonda sin perder un momento.

Forzada la puerta de la alcoba, nada se encontró en ella que hiciese concebir la menor sospecha: los muebles ocupaban su posición respectiva y el velador colocado cerca de la cama conservaba encima su album abierto, el pañuelo de nupcias de la señora, y el servicio de café que Lion había pedido al fondista.

El hostelero y su esposa se arrojaron á la vez sobre el gran cofre que era ya pertenencia de Marta; pero el cofre estaba cerrado tambien con llave.

El prefecto, alarmado por el extraño peso de un mueble que debía encontrarse vacío, hizo arrancar al momento la cerradura.

Entonces, agitado por un negro presentimiento, levantó por sí mismo la tapa, invitando á los testigos para que se acercasen.

Todos los circunstantes lanzaron un grito unánime de terror.

Lívida, desfigurada por una contracción horrible que había encorvado sus manos y sus piés como gárfios, yacía exánime en el fondo del cofre Magdalena de Bonmarché, estrangulada con una faja de seda verde por la mano de su hermoso protegido.

La justicia de Dios quedaba cumplida.

El prefecto corrió al embarcadero del camino de hierro, por si aun era tiempo de capturar al asesino. El tren no había partido todavía.

En vano se examinaron minuciosamente las fisonomías de todos los viajeros; el milanés y su esposa juraron sobre los santos evangelios que no se encontraba entre ellos el huésped del cuarto número 10.

Magdalena había sido asesinada por ambición, pues el asesino había tenido bastante serenidad para arrancar al cadáver hasta sus pendientes de diamantes.

En cuanto á sus anillos, brillaban todavía en sus enflaquecidas manos; los dedos encorvados habían hecho imposible la extracción, y Dios había dejado allí aquellas joyas para que se transformasen en sufragios por el alma de la desdichada.

Apenas la policía hizo conducir á la última morada los tristes restos de la Bonmarché, Marta sahumó el cofre con esforaque y se apresuró á guardar en él sus anticuados trajes del primer imperio.

¡Fondista al fin!

EPÍLOGO.

"A cada uno le llega su vez."

Sterne.

Algunos meses despues de la muerte de Magdalena, notábase en el palacio del duque de Marianao, un movimiento y una agitacion como si se tratase del ruidoso casamiento de la jóven duquesa con el renombrado baron de la puebla de los Angeles.

Y sin embargo el novio no habia llegado todavía.

Tratábase tan solo de festejar á Laura de Palmerolles que, antes de partir con su esposo para Ispahan, habia accedido á los ruegos de la duquesa pasando en su palacio los últimos dias de su permanencia en la isla.

Ni un momento abandonaba Eloisa á su querida amiga; con ella recorria los monumentos notables de la Habana, con ella fué á la cabaña de Colibrí á recibir la bendicion de María Francisca, porque la duquesa habia conocido, aunque tarde, que entre todas sus amigas no se encontraba mas que una Laura de Palmerolles.

La víspera de su partida, Laura se encaminó al hospicio acompañada de la duquesa y de Colibrí, que manifestaba una viva curiosidad por conocer á la desventurada Silvina.

Laura iba resuelta á llevarse consigo á su antigua señora, y despertar en su hermoso corazon el sentimiento del trabajo que ennoblece el alma, prometiéndose todavía un renuevo de los risueños dias de su infancia.

Al penetrar en aquel sagrado recinto, abrigo de tantos desvalidos, refugio de tantos desamparados, el corazon de Laura empezó á latir con una violencia que parecia salirse del pecho.

Conducida por la superiora que le iba refiriendo detalladamente la triste historia de la desheredada, atravesó aquellas salas de ángeles huérfanos, que se disputaban con avidez un pecho escaso y mercenario, aquellas legiones de niños de corta edad que con muy cortas escepciones eran todos feos, todos cetrinos, todos chatos, uniformes en sus tristes é ignobles facciones, como en sus toscos y miserables vestidos.

Al penetrar en la sala de mujeres, el corazon de Laura latió de nuevo; en un segundo recorrió con la vista aquella cohorte de infelices de rostro pálido y extraño, y exhalando un grito que su corazon entusiasta no pudo contener, se lanzó al cuello de Silvina, la mas hermosa sin duda de aquel rebaño de desdichadas.

Entre aquellos millares de manos que se movian á un tiempo, solo Silvina holgaba y permanecia indiferente á todo lo que la rodeaba.

A pesar de su completo idiotismo que la eximia de todo trabajo, Silvina era muy hermosa todavía.

Envuelta en una larga y holgada túnica de algodon oscuro, sujetos con groseros alfileres sus abundantes cabellos sucios y empolvados como los de

las mas asquerosas hospicianas, la pobre huérfana, agena á todos los sucesos, insensible á todas las emociones, pasaba los dias olvidada en un rincon de la sala de mujeres, donde por una reminiscencia de su antigua costumbre se balanceaba sin cesar en una agujereada y vetusta butaca de criba.

En vano trató Laura de despertar en aquella alma embotada el antiguo sentimiento que por tantos años habia sido para ambas un tesoro inagotable de felicidades; Silvina permaneció insensible, fijando en Laura sus hermosos ojos, como si la hubiese visto entonces por la vez primera.

Triste, desconsolada y con el corazon despedazado, Laura salió del hospicio, derramando abundantes lágrimas y dejando en poder de la superiora una cantidad crecida, con el único y esclusivo objeto de que se consagrara á las necesidades de la pobre desheredada.

Al dia siguiente Laura salió con su esposo para Ispahan, dejando á la duquesa de Marianao inconsolable.

En cuanto á Lion, si bien con su astucia logró burlar la vijilancia de la policia de Marsella, fué detenido en el momento de desembarcar en el Havre, donde, merced á las instrucciones recibidas, le aguardaba el prefecto acompañado de un peloton de polizontes.

En vano se obstinó Lion en sus negativas; sus inmensas riquezas y sobre todo las declaraciones de los dos esclavos le perdieron.

El antiguo Colifichet, el perfumado Lion del pais latino, trocó muy pronto su túnica de nabad por la cadena de presidiario, adquiriendo entre aquella abyecta sociedad el título de "Le Roi aux bagues (1)."

Colibrí, el trovador imperial, el protegido del Shad de Persia, rivalizó en sus cantos, como él mismo habia predicho, con las magníficas orientales de Sir Tomas Moore.

FIN DE CONTRA PEREZA DILIGENCIA.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

UN NIDO DE PALOMAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

(CONTINUACION).

— Al oiros, príncipe, me parece escuchar al desventurado Tasso; dijo el diplomático contemplando con admiracion á aquel hombre tan fuerte, de una belleza tan enérgica y apasionada, y que se expresaba con tanto candor y sensibilidad.

(1) El rey de las galcras.

—Yo me hago la ilusion de estar hablando con el gran poeta, desde que tuve la dicha de ver aquí al príncipe, añadió el hermoso pintor: jamás he encontrado un hombre mas parecido á los retratos que nos han quedado del Cisne de Sorrento.

—De veras? exclamaron con admiracion algunos de los convidados.

—Nada es mas cierto, contestó el pintor: y luego, dirigiéndose al príncipe, continuó:

Si quereis honrar mi taller, caballero, antes de dejar á Madrid, os enseñaré un retrato del Tasso, y os reconocereis en él.

—Muchas veces me lo han dicho, repuso Honorio con dulce gravedad: mi madre, sobre todo, me repetía abrazándome, que yo era el verdadero retrato del infeliz amante de Eleonora, y atribuía tan extraordinaria semejanza á lo mucho que habia leído sus obras mientras me llevaba en su seno.

Honorio dijo estas palabras con la mayor sencillez, y sin parecer envanecerse en lo mas mínimo por su rara y exquisita belleza; luego volviéndose al pintor, añadió alargándole la mano:

—No puedo espresaros, caballero, cuanto estimo la amable invitacion que me haceis de visitar vuestro taller, lo cual verificaré con el mayor placer dentro de dos dias.

Inclinóse el pintor, estrechando con una especie de ternura respetuosa la mano del príncipe, é iba á responder cuando un criado anunció abriendo la puerta de par en par:

—La señora condesa!

Los convidados se levantaron presurosos volviéndose con curiosidad hácia la puerta, en cuyo umbral se habia detenido la condesa un tanto confusa.

El conde se levantó y fué á darla el brazo, entrando con ella en la sala de fumar, y cediéndola su sillón con la misma galantería que pudiera emplear el mas rendido amante.

Entre tanto todos los convidados miraban á la condesa con la mas viva admiracion, mientras ella ruborizada de verse allí, no se atrevia á levantar los ojos.

Me aprovecharé de su confusion para hacer de ella una ligera pintura.

Clotilde de Guzman, llegaba apenas á los veinte años, y conservaba todo el tímido decoro de la primera juventud, á pesar de ser una de las damas mas elegantes de Madrid.

Su estatura, algo mas que mediana, era admirablemente proporcionada, flexible y llena de gracia: su tez trigueña y un tanto pálida, estaba animada por dos hermosos y rasgados ojos oscuros, guarnecidos de largas pestañas negras, y coronados por arqueadas cejas del mismo color.

Terminaba el gracioso óvalo de su rostro una hermosa frente, pura y tranquila como la de una niña, y la hacian mas agradable una boca fresca y diminuta y una lindísima nariz.

Su trage y adorno realzaban su graciosa y dulce belleza de un modo admirable, indicando al mismo tiempo que iba á salir.

Llevaba un vestido de terciopelo color de cereza

y un prendido de gasa blanca bordada de plata, que armonizaba divinamente con las espesas trenzas de sus cabellos castaños, y con el leve sonrosado de sus mejillas.

Su trage, escotado lo bastante para que tuviese una forma elegantísima, pero no tanto que hiciese alarde de una inmodestia que degradaba á la mujer, dejaba ver su hechicera garganta y sus hombros, blancos como el marfil bruñado.

Un lindo aderezo de rubies y diamantes, guantes blancos, que ocultaban la tercera parte de sus brazos encantadores y un ramillete de camelias y violetas que tenia en la mano, completaban tan distinguido atavío.

—Yo te creia ya en el teatro, querida mia, dijo el conde para animar á su esposa.

—Espero á la duquesa, contestó la jóven alzando en efecto los ojos, y he querido verte para....

Interrumpióse la condesa al decir estas palabras. Habia fijado la vista por casualidad en Fernando de Silva y quedó como fascinada con la boca entreabierta y las mejillas pálidas.

—Fernando.... aquí! murmuró sin separar del jóven sus extraviados ojos, y con voz tan ahogada que solo su esposo, que se hallaba á su lado, pudo percibirla.

Todos los convidados quedaron absortos mirando á la condesa; luego siguieron la direccion de su ansiosa mirada y fueron á fijar las suyas en Fernando de Silva, que permanecía impasible é irónico como siempre.

Descompusieronse de un modo horrible las facciones del conde; y su fisonomía, tan serena de ordinario, se revistió de una espresion feroz: mas por un esfuerzo sobrehumano é incomprensible, logró serenarse, acercóse á su esposa y tomó sus manos.

—Dios mio, Clotilde! exclamó con voz dulce; tranquilízate.... en efecto, la semejanza es tristemente prodigiosa y no podia yo suponer que entrases aquí.

Luego, volviéndose á los convidados y sin dejar de sostener á la condesa que estaba casi inanimada, continuó señalando á Silva:

Este caballero es la imagen viva de un hermano de mi esposa que se ahogó en un naufragio....

La condesa dejó escapar un grito lastimero y quedó rígida y privada de sentido en los brazos de su marido.

—Ya ha llegado la señora duquesa, dijo un criado apareciendo en el umbral de la sala.

—Decidla que la señora va al instante, repuso el conde con voz segura y reposada.

Luego, inclinándose hácia el oído de su esposa con muestras de la solícitu mas tierna, le dijo con voz casi imperceptible, pero con acento tan enérgico que vibró hasta lo íntimo del corazón de la condesa.

—Tened valor!... fingid como yo, ó temedlo todo de mí!

La desdichada abrió los ojos y clavó en su marido una mirada dulce y sumisa.

—La duquesa os espera, mi querida Clotilde,

continuó el conde con cariño; haced un esfuerzo; id al teatro y esto os distraerá.

Levantóse la joven y movió los labios como si quisiera hablar, mas no produgeron ningun sonido.

— Sé lo que ibais á decirme; que vaya á buscaros al teatro para conduciros á la embajada inglesa, no es así? dijo el conde con dulzura: está bien; no faltaré; dentro de una hora.

Nada respondió Clotilde; saludó en silencio á los convidados, y salió con su esposo que la acompañó hasta la puerta.

Luego volvió con sus amigos.

— ¿Sabéis, conde, que, como ha dicho muy bien el coronel, no conocia la mayor de vuestras dichas? observó el príncipe; vuestra esposa es un tesoro de belleza y de gracia.

— Y un modelo de virtud y de dulzura, añadió el diplomático; tiene el alma mas encantadora que he visto y el talento mas natural y mas sencillo por decirlo así. Además, como habeis oido antes, ha dado al conde dos hermosos niños gemelos para que nada falte á su felicidad.

— Es muy completa, en efecto, dijo el conde cuya fisonomía parecia respirar una dicha tranquila.

— Os dejamos, conde, dijo el coronel; habeis ofrecido á vuestra esposa que ireis al Circo dentro de una hora, y ese tiempo lo necesitais para vestiros.

— No lo creais, querido; la embajadora de Inglaterra de quien mi mujer es íntima amiga, recibe de confianza.

— A pesar de todo no podeis perder un minuto, repuso el príncipe, y yo soy el que primero va á dejaros.

Al decir estas palabras, estrechó la mano del conde, y salió despues de saludar á los demás concurrentes y de reiterar al pintor la promesa de ir á visitar su taller dentro de dos dias.

Todos los demás se despidieron en seguida del conde, y salieron en pos de Cellemare.

No obstante, Fernando y el marqués de la Oliva quedaron los últimos, aunque por bien diferentes razones.

El marqués miró á Silva como diciéndole que le esperaba; mas este le contestó con otra mirada llena de altivez.

No obstante, el marqués permaneció inmóvil.

Entonces Fernando se aproximó al conde y le alargó la mano, que este oprimió con violencia clavando al mismo tiempo en el semblante de Silva una mirada llena de odio.

— Os comprendo, dijo en voz baja para evitar ser oido del marqués: mañana á las ocho de la noche esperadme aquí.

En aquel momento el marqués que aparentaba mirar las pipas que guarnecian los lienzos de pared cercanos á la ventana, se volvió clavando en el conde y en Silva una mirada escrutadora: pero ya no pudo descubrir la espresion iracunda del esposo de Clotilde, ni la amarga sumision del abogado, pues ambos habian revestido de nuevo sus semblantes de aquella apacible indiferencia que es la mas cara de la sociedad.

— Cuando gusteis, querido Cárlos, dijo Fernando dirigiéndose al marqués.

— Os agradezco en el alma, amigo mio, el que me hayais proporcionado la ocasion de ofrecer mi afecto al Sr. Silva, dijo á su vez el conde, hablando con el marqués: nunca se me ha hecho una presentacion que me haya sido mas agradable.

— Yo os agradezco tambien tan lisongeras frases por Silva y por mí, contestó el marqués con aquella sonrisa tan dulce y seductora en la apariencia; pero que en realidad estaba preñada de maldades.

Ambos amigos volvieron á estrechar las manos del conde que les acompañó hasta la puerta con la sonrisa en los labios.

Mas así que hubieron desaparecido, se apoyó en un sillón, cubrió su rostro con ambas manos, y prorumpió en roncós sollozos.

El hombre de mundo habia triunfado de su dolor en medio de la sociedad.

El esposo, el padre, cedia ahora á aquel dolor, inmenso, asolador, que producen solo las heridas de la honra, y que es el verdugo de todas las ilusiones y de toda la felicidad de la vida.

Durante algunos minutos el conde permaneció en aquella postura que indicaba sobradamente la desesperacion de su alma; luego, sin descubrirse el rostro como si le abrumase su propia vergüenza, se dejó caer en uno de los asientos que sus convidados habian ocupado en derredor de la mesa de fumar.

— ¡Yo soy, murmuró entre ahogados gemidos, yo soy el hombre que ayer se juzgaba el mas feliz del mundo! ¡Yo tenia una fe ciega, una fe ardiente en la virtud y en el amor de la compañera de mi vida! ¡Yo era envidiado de todos, y á todos podia decir con el orgullo en la frente y la sonrisa en los labios: ved ahí en ese ángel de hermosura á la santa madre de mis hijos! ¡Y hoy.... hoy.... toda mi ventura se la ha tragado el infierno, y solo veo en derredor mio tinieblas y muerte!...

El conde como horrorizado de sus propias palabras, separó las manos del rostro, miró en torno suyo con desencajados ojos; nadie hubiera conocido en aquel hombre, sombrío y desfigurado por la mas honda desesperacion, al conde D.... dos horas antes tan alegre, tan hermoso y tan feliz!

— ¿Desde cuándo se me está engañando? se preguntó á sí mismo levantándose y cruzando á largos pasos la estancia: desde cuándo se conocen? desde cuándo se aman? ¿cómo la he visto tranquila y feliz en los dos años que vive á mi lado, albergando la voraz pasion que ese hombre parece inspirarla? Porque no hay duda, no, su nombre se escapó de los labios de Clotilde con un acento de amor, yo la ví perder el color, temblar y mirarle como fascinada.... yo conté con ávidos ojos cada una de las palpitaciones de su corazón, y ví que se le queria salir del pecho.... Oh! cuánto debe amarle.... cuánto!.... Desgraciado.... desgraciado de mí! Desgraciados de vosotros, hijos míos! pobres hijos míos!...

El conde permaneció sollozando durante algunos segundos: poco á poco sus gemidos se fueron apagando y cesaron del todo: entonces se levantó, ar-

regló con la mano sus hermosos y desordenados cabellos, pasó por la frente cubierta de sudor su pañuelo de batista, y salió cerrando la puerta.

Dirigióse al cuarto de su mujer en el cual estaba Avelina, la primera de sus camareras, encendiendo las bugías, pues la condesa ya no podía tardar en volver del teatro.

—Acaba pronto y márchate, dijo el conde dejándose caer en un sillón dorado de los muchos que se veían diseminados en aquella elegante estancia.

Avelina le miró asombrada; pero demasiado acostumbrada á la prudencia, á esa prudencia que en los criados de casas grandes suple á la buena educacion, acabó de encender los candelabros y salió, cerrando sin ruido la puerta.

V.

LA OPERA.

Retrocedamos un poco, si te place, lector mio, y vamos á ver de qué modo pasó Clotilde en el teatro, el tiempo que su esposo ocupó en su casa entregado á la desesperacion mas amarga.

Cuando ella y la duquesa entraron en el palco, todos los lentes se fijaron en ambas.

La duquesa de Rio-Claro era una de las mujeres mas á la moda de Madrid; una de esas mujeres sin edad y que, á despecho de los años, aparecen siempre espirituales, coquetas y graciosas.

Aparentaba treinta estíos, aunque sus enemigos, que no eran pocos, sostenian que pasaba ya de los cuarenta.

Por lo demás, Juana, duquesa de Rio-Claro, no era hermosa ni denotaba que lo hubiera sido jamás; pero poseía ese encanto, esa gracia muelle y descuidada, ese arte de embellecerse, esa coquetería provocadora y digna al mismo tiempo, que por mas que los franceses quieren atribuírsela á sus mujeres, solo se encuentra en las damas españolas.

No sabré explicarte, lector mio, cuanta impaciencia me causa el ver el afán con que se quiere imitar en nuestra patria, todo lo que hacen los franceses: si los que caen en tan ridícula manía se detuviesen á observar un poco, verían que casi todo lo bueno que aquellos tienen, está tomado de nuestras costumbres, de nuestras tradiciones, de nuestra particular y digna educacion, y que les damos una importancia, que no merece, copiando sus futilidades al mismo tiempo que ellos se desviven por imitarnos.

Tienen sin embargo, mas astucia que nosotros, porque ellos nos copian en lo bueno, y afectan despreciarnos al mismo tiempo que nosotros nos vamos maleando con sus escentricidades, profesándoles, porque nos las dejan apreciar, mucho agradecimiento.

En cuanto á las mujeres, jamás tendrá nada que ver la dama española con la *madame* francesa: ni en la parte moral ni en la física se puede encontrar la menor analogía, recayendo toda la ventaja de

AGOSTO.

tan absurda comparacion, en favor de nuestras damas.

La duquesa, sin embargo, era una de esas mujeres toda arte, como generalmente se dice; pero es fuerza conceder que su arte consistia en aparecer realmente encantadora.

Apenas hubiérais podido espresar lo que os agradaba en ella, pero sí hubiérais podido asegurar que os hechizaba todo: su tez blanca era pálida y tersa como el nácar: sus ojos, de un color verdoso con cambiantes azules, eran dulces, alegres y llenos de viveza, hermanando estas tres espresiones, tan distintas entre sí, y tan irresistibles todas: su boca, algo grande, era en extremo fresca y hermosa y estaba guarnecida de una preciosa y diminuta dentadura, que enseñaba continuamente por la frecuencia con que se reía.

La duquesa tenía el cabello algo escaso, y para disimular esta falta, le llevaba cortado á la altura del cuello y rizado graciosamente como las antiguas romanas. De este modo su estrecha frente parecia hermosísima, guarnecida de anillos lustrosos de un rubio oscuro y un tanto encendido.

La estatura de Juana era pequeña y sus formas redondas, lo que le daba una apariencia encantadora de juventud y de frescura: nada mas bonito y seductor que sus torneados brazos y su garganta redonda y trasparente como el cristal cuajado.

Llevaba un traje de raso azul guarnecido de encajes blancos: un ramo de rosas blancas sugetaba la berta en el pecho, y otros dos iguales recogian las mangas cerca del hombro: ceñía su rizada cabeza una corona de las mismas flores, y lucía un soberbio aderezo de perlas de gran tamaño.

Clotilde era mucho mas hermosa que la duquesa; pero su aire de inocencia y sus cándidos veinte años, no perjudicaban en nada á la seductora coquetería de Juana y menos aquella noche en que la condesa parecia abrumada por un profundo pesar.

Algunos jóvenes de la alta sociedad ocupaban un palco bajo, en frente de las dos amigas.

—Qué dos mujeres tan bellísimas! exclamó el marqués D^h Arnonville, joven francés casado con una española, y que hablaba bastante mal el hermoso idioma de Cervantes.

—Lo son en efecto, contestó otro jovencito que no pasaba de los diez y siete años, y que ya lucía en uno de los ojales de su frac la cruz de S. Juan.

—Parecen francesas! continuó D^h Arnonville con esa fatuidad nacional tan propia de nuestros vecinos.

—No digais disparates, querido, repuso con irónica sonrisa el príncipe de Cellemare, que entrando en aquel instante en el palco habia oído las palabras del marqués: sé de quien hablais, continuó el príncipe tomando asiento, y os afirmo que no se asemejan en nada ni á las francesas ni á las mujeres de ninguna nacion; son españolas, y nada mas.

—¡Qué aire de tristeza tiene esta noche la condesa, dijo el joven conde de la Bárcena, que era uno de los concurrentes, dirigiéndose á Cellemare; jamás la he visto así.

—Es que esta noche la ha afectado dolorosamente

te un acontecimiento imprevisto, contestó el príncipe.

—Cómo lo sabeis?

—Como que la ocurrencia ha tenido lugar delante de mí.

—Visitais su casa, príncipe? dijo D'Arnonville con interés.

—Sí; estimo mucho al conde su esposo, aunque hace poco tiempo que fui presentado á él.

—¿Seriais tan bueno que quisiérais presentarme á la condesa?

—Ya os he dicho que solo visito á su esposo.

—Sois poco complaciente, repuso D'Arnonville, disimulando su contrariedad bajo una amable sonrisa; pero, añadió, ¿no podríamos saber el acontecimiento que ha desazonado á la condesa esta noche?

—Sí por cierto: el marqués de la Oliva, ha presentado en su casa á un joven abogado muy conocido en la buena sociedad de Madrid; á Fernando de Silva.

—Le conozco en efecto, dijo el jovencito con ese aire de petulancia del niño que se empeña en ser hombre.

(Se continuará.)

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

SEGUNDA SERIE.

ARTÍCULO XI.

LA FÉ. (I)

I.

Si hay alguna cosa que disculpe en la mujer el atrevimiento de escribir para el público, es seguramente la buena intencion con que debe hacerlo.

Y no creais, lectores míos, que yo considero una culpa en mi sexo el dedicarse á las tareas literarias; si abrigase esta persuasion no escribiría yo, porque sobre la gloria que con mi pluma pudiese alcan-

(I) Este artículo y los dos que siguen se escribieron hace tiempo con un objeto aislado, y por tanto la autora no se dirige en ellos solo á la mujer sino á la sociedad entera. Aquella ha creído, sin embargo, que no debia reformarlos, siendo su propósito encarecer los beneficios de la Fé, la Esperanza y la Caridad, y ha decidido insertarlos íntegros en sus *Estudios morales sobre la mujer*, segura de que no serán una falta sus consideraciones generales.

zar, está mi ambicion de otro renombre; el de *mujer buena*. Vale mas, á mi modo de ver, llevar la frente erguida, aunque desnuda de coronas, que inclinada con sonrojo, aunque ceñida de laureles; pues si bien los espíritus débiles creerian que el peso de la gloria la doblaba cubriéndola de púrpura, la voz de la conciencia, siempre fuerte, me gritaria sin cesar y me robaria el sueño y el sosiego.

Así pues, la mujer necesita escribir, guiada por una buena intencion, no para disculpar una falta, sino para escusar un atrevimiento; que tal considero el esponer al público los sentimientos del alma.

Yo soy la primera en conceder que la mujer debe concretar su talento y su poesía al cuidado de su casa y al embellecimiento de la existencia de su esposo y de sus hijos; pero si nace alguna con tan rico caudal de imaginacion y actividad que le sobre aun despues de emplear el que requiere el cumplimiento de sus deberes; si su corazon demasiado ardiente, ó su cabeza demasiado volcánica, ó su juventud demasiado solitaria, necesitan mayor pasto que la generalidad, ¿por qué ha de privársele de un desahogo ó distraccion que á nadie ofende y que puede enseñar algo ó servir de algun consuelo á las demás mujeres?

Y no creais tampoco que la palabra *enseñar* encierra gigantescas y ridículas pretensiones; que muy provechosas lecciones puede dar una mujer, sin mas que tener corazon, á aquellas criaturas que le tienen dormido por su naturaleza, desgarrado por la desgracia, ó endurecido por el desengaño; yo aspiro á probar si sé enseñar á creer en este artículo, porque el creer es uno de los mayores beneficios de la vida.

Y no obstante para enseñar á creer se requiere tan solo no carecer de fé, de esa fé que tiene por morada una alma tierna y un corazon sano; únicas cosas que yo poseo; porque yo nada sé; ni aun el idioma de allende el Pirineo; ni aun aparentar siquiera la instruccion que no poseo, ni quiero poseer: nací cantando como los pájaros; aprendí á leer antes que á hablar; aprendí á escribir por instinto, y aburrí á todos los maestros que me dieron, porque yo nunca he querido saber nada.

Mi preceptor ha sido Dios; mi maestra su madre; mi aya la naturaleza; mi pasanta el corazon; mi consejera la conciencia; mi único libro la virtud.

Nunca hago cosa alguna que me fatigue; pero todo lo bueno me agrada: la pluma me es muy ligera, tan ligera como la aguja; cuando manejo la primera, canta mi corazon y ella es su eco fiel; cuando manejo la segunda, canta mi boca y mi corazon late contentó y feliz.

Me agradan las galas, las cintas, las flores: la virtud me parece linda y adornada con gracia y coquetaría.

Tengo fé en todo: en el cariño de mi esposo y de mi familia; en la amistad de mis amigos; en la indulgencia del público, hasta en la probidad de mis editores: por eso no padezco; y la pureza de mis creencias no debe equivocarse con el egoismo: yo no creo por comodidad: mi convencimiento es ese

sentimiento tan hermoso que hasta el mundo descreído apellida *buen* *fé*.

El mundo, á pesar de todo, es justo, porque nada es tan dulce, tan consolador, tan bello, tan bueno, en fin, como la *fé*.

II.

La *fé*! bendita sea!

Esta hermosa hija del cielo me hace mucho bien para que yo no la acoja con amor en mi corazón!

Sin ella, no habría en el mundo sentimiento alguno bueno ni honrado; ni aun mundo habría.

La *fé* es el origen del amor de los esposos; del cariño de los hermanos; de la pasión de los amantes; de la tierna simpatía á que damos el nombre de amistad.

La *fé* nos ofrece una vida de eterna ventura, y hasta alcanzarla, nos da valor para sufrir las penas de este valle de lágrimas.

La *fé* ha llenado de santos mártires el cielo y de santas vírgenes los conventos del mundo.

La *fé* es la luz purísima que ilumina las almas; el rayo de sol que alumbra la noche tenebrosa de la duda.

Oh! bendita sea la *fé*!

Cuando las cuerdas de mi lira hayan perdido algo de su flébil juventud y tengan fuerza para lanzar acordes sonoros, cuando posea la armonía vigorosa que ha menester para cubrir las voces, que declaman contra ella, entonces he de consagrar el mas grandioso de mis himnos á la *fé*.

Entre tanto le he levantado un altar en mi corazón, y ella, agradecida, no me abandona un solo instante: la horrible duda jamás hace su presa en mí, porque huye pavorosa y aterrada á la vista de mi hermosa compañera.

Por eso creo en el amor y en la virtud.

Por eso mi alma se recrea con la vista de un rayo de sol, con oír el canto de un pájaro, con aspirar el perfume de una flor.

La *fé* eterno manantial de vida, pone patente la bandad de Dios, la dulce ternura de su madre, y regocija al corazón que late tranquilo y sin remordimientos, alejando de él las zozobras y temores.

Si alguna maldad hiere mis ojos, la *fé* estiende delante de mi asombrada vista sus blancas alas y me sonríe dulce y apacible para que no penetre en mi alma la amargura del primer desengaño.

Ella sabe que el primero trae en pos el desaliento y la desgracia!

III.

Hé aquí lo que dice Eugenio Pelletan en su *Profesión de Fé del siglo XIX*.

"El hombre necesita creer porque ha nacido inteligente; creer es el medio de ser para su espíritu; su espíritu vive únicamente creyendo, y además porque habiendo nacido libre, tiene en virtud de esta libertad una parte de acción en su destino. Debe, pues, conocer, aunque sea en parte, ese destino para arreglar á él su conducta. De aquí la

necesidad de una creencia. Quién eres? Por qué existes? De dónde vienes? A dónde vas? Hé aquí el enigma que desde Job á Prometeo y desde Prometeo hasta Fausto, la humanidad está continuamente resolviendo.

"¿Pero qué garantía tiene el hombre de poder encontrar su solución? Una sola, podemos responder, y le basta: el deseo que tiene de hallarla. El afán de buscar no es en nuestra alma mas que la anticipación de la verdad. La soberana armonía no se engaña á sí misma: no ha dado la aspiración á nuestra alma como el cebo de un engaño. Por todas partes donde ha puesto la sed ha puesto al lado la fuente. ¿Quién puede admitir un momento que Dios señale la verdad al presentimiento para esconderse á la razón? Entonces no sería Dios, sería su propio mentís. Habría encendido en nosotros un deseo, que sería un suplicio: hubiera hecho de nuestro mas sublime instinto un infierno. Semejante hipótesis es impía: no merece ni aun la refutación. Decirla es refutarla."

Vosotros, los que afectais no creer en nada para correr desenfundados de extravío en extravío; vosotros, los que no queréis dique alguno para vuestras pasiones; vosotros, seres á quienes el mundo llama en su culto lenguaje *despreocupados*, no podreis menos de convenir en el fondo de vuestra alma en que Eugenio Pelletan tiene razón, porque todos vosotros hastiados de los vacíos goces de la vida, habreis buscado *un mas allá* en vuestro destino: ¿qué os ha contestado entonces vuestra razón oscurecida por las nieblas de los goces materiales? ¿Qué os ha respondido vuestra conciencia, ese juez invisible, pero rígido y severo?

Es bien seguro que vuestra razón deprimida y vuestra fuerte conciencia han batallado encarnizadas en el fondo mismo de vuestras almas; mas si ha quedado la victoria por la primera; si esa razón extraviada os ha dicho que no hay nada mas allá de este mundo ¿qué os queda? ¿Sois acaso felices con los goces que él os proporciona? La grandeza de vuestro espíritu ¿no se abate hasta desear la muerte y el *no ser*? ¿No teme entonces vuestro cuerpo entrar en la tumba para volverse polvo? ¿No se empeña otra lucha nueva entre el espíritu y la materia; aquel anhelando dejar un mundo donde no cabe, esta aferrándose á un mundo que le halaga mas que la nada del sepulcro?

Desdichados, que no teneis *fé*! vuestra breve y emponzoñada existencia solo puede ser una cadena de dolores! ¿Quién os consuela cuando la muerte os arrebatara el padre, la esposa ó el hijo? ¿A dónde volveis los ojos turbios de dolor? ¿A los que quedan? Ay! esos han de morir tambien! A sus sepulcros? sus losas nada os dirán: ¡solo guardan eloquentes frases para los ojos del alma! Los que creen en su inmortalidad acuden á postrarse ante las tumbas y ven el rayo de sol ó de luna que va á quebrarse en ellas, el alma que amaron y que ha descendido del cielo para que consuele la suya!

IV.

La fé tiene tiernas supersticiones que consuelan: las flores que brotan en la sepultura de un niño, despiden para su madre un reflejo de la risa de aquella criatura á quien tanto amó! En su perfume cree aspirar el hálito del ser que voló desde su regazo al cielo; cree ver en su blancura la imágen de la frente purísima en que tantas veces apoyó sus labios; y el murmullo de los cipreses del cementerio es, á sus oídos, la voz de su hijo que canta dulcemente en su tumba!

El amor es la poesía de la religion: la fé es su beneficio: los pueblos mas poéticos son los que mas fé tienen: ved á los musulmanes adorando á *Alá*; á los indios llamando al *Grande Espíritu*; ved á las jóvenes del Misisipi colgando entre las ramas de los almendros en flor, las cunas en que yacen los cadáveres de sus hijos porque dicen que sus almas suben al cielo entre el aroma de las flores.

No quisiera hablar aquí de la bárbara idolatría romana tan exhausta de poesía y suavidad; pero tampoco me decido á no dar á conocer que los mas crueles perseguidores de los cristianos, Diocleciano, Galerio y Maximiano Hercúleo, tenían fé en sus dioses, fé idólatra y fanática, pero grande y poderosa, pues alcanzaba á ahogar todos los instintos del hombre, todas sus afecciones: nadie ignora que se vieron prefectos y emperadores que sacrificaron á su fé hasta sus propios hijos.

¿A qué deidad sacrificais vosotros, ateos de nuestro siglo? ¿A quién rendís culto? Los persas, que adoraban á un elefante y le servían de rodillas, son para mí mas comprensibles que vosotros. Los druidas, que consagraban sus vírgenes al culto de la luna son mas simpáticos á mi corazón: las legiones romanas, que tremolaban los estandartes de Marte y de Belona, son mas valerosas; los gentiles, que atribuían á Orfeo una lira divina, á Diana un amor contemplativo y melancólico, á Júpiter una justicia inmutable, y que esperaban en los campos Elíseos, tienen para mí un espíritu mas elevado que vosotros; porque vosotros nada creéis y, por consiguiente, nada esperais: abominando del mundo, no quereis dejarle porque nada veis mas allá que os compense los mezquinos placeres que os ofrece: gastais prematuramente el cuerpo en los desórdenes y no veis escrita en la celeste techumbre esa bendita palabra que el Eterno escribe con estrellas: ¡GLORIA!

Es indudable que teneis un alma puesto que vuestro cuerpo está animado: es forzoso que el alma busque una creencia como dice Pelletan: no rechaceis esa sed de encontrarla: ¡ah, no la rechaceis! Hay un ser, mas grande que vosotros, que os dió la vida, que os la quitará, que os ha dado hijos, padres, amor y afectos; pues bien, ese ser se llama Dios, y puesto que en su bondad os hizo conocer la dicha, no creais su generosidad tan falsa suponiendo que os la dá como un incomprensible meteorito: el que dotó de alma al hombre; el que puso en ella instintos de gloria y de ambicion; el que

formó su corazón para el amor, es un ser cariñoso y benéfico, y este ser, todo verdad y grandeza, no debe decir en vano al hombre: *¡cree y espera en mí!*

—¿Dónde están esas palabras? me preguntareis: mirad al sol, que os calienta con sus rayos: á la luna que os hace ver mayor belleza en el rostro de la mujer á quien amais; mirad á ese cielo, que atrae á vuestra alma y la llama á sí, como llama el padre á un hijo que ve lejano; bajad despues la vista á la tierra; no creéis en la fidelidad de vuestra esposa, ó en la fé de vuestra amada? Sí; porque de lo contrario la mataríais, llevados de vuestras pasiones sin freno; pues bien, el que os dió en el corazón de esa esposa ó de esa amada un tesoro de amor y de consuelo, os ama y vela por vuestra felicidad en una region demasiado elevada para vuestros ojos.

Nunca busqueis la evidencia, vosotros, los que deseais ser felices: la evidencia no es la fé ni aun se asemeja á ella: la evidencia, si yo supiera pintar, os la presentaría seca, anciana, angulosa, con el rostro duro y demacrado, con la boca irónica y hundida, con la vista torva y penetrante.

La fé os la pintaría ciega aunque con los ojos muy rasgados, abiertos y hermosos: su figura sería la de una niña medrada y hermosa: su boca inocente y risueña; sus formas lozanas y redondas, con esa robustez encantadora de la adolescencia.

Si yo supiera pintar á la FE la amaríais todos. De la EVIDENCIA huiríais espantados.

V.

No hay mas que un escudo para los golpes del infortunio: la fé.

Ved á la madre que pierde el hijo único que era todo su amor; vedla velar su agonía, cerrar sus ojos y depositarle en su sepulcro: la fé le presta resignacion y esperanza de encontrarle en un mundo mas dichoso para no separarse ya de él en toda la eternidad.

Ved á la hermosa jóven que encierra en un claustro los dias mas bellos de su juventud: la fé hace que desee otro esposo mejor que los que el mundo le ofrece.

Ved á la hermana de la caridad, ese tipo de la abnegacion y del heroismo: la fé la sostiene en sus fatigas y en sus penosos deberes: ¿quién sino la fé podia obligarla á sacrificar su existencia al alivio de la humanidad doliente?

No, no hay un solo sufrimiento, por hondo que sea, por incurable que parezca que no sea sanado ó endulzado por la fé.

La prueba mas eficaz que tenemos de lo que alcanza la fé, la que mas debe convencer al que no se obstina en cerrar completamente los ojos del alma á la luz que pueda disipar las tinieblas que la oscurecen, á la reflexion que basta á refrenar las pasiones que la emponzoñan; el mas sublime ejemplo de la grandeza de nuestra religion, es la constancia que los primeros mártires del cristianismo han ofrecido á los siglos venideros. Ahí teneis á Santa Inés, niña de trece años é hija de padres gen-

tiles convertidos por ella, que muere sonriendo degollada bárbaramente á los pies del prefecto Tértulo: ahí teneis á Santa Cecilia, doncella de diez y seis abriles, ciega y mendiga, que espira á la primera vuelta de las ruedas del potro, sin angustias, sin dolores y cantando dulcemente; ahí teneis á San Pancracio, jóven de diez y ocho años, que muere en el anfiteatro de Roma al clavarse en su garganta las garras de una pantera, y que deja la vida sonriendo al tribuno Sebastian, que pronto debe tambien seguirle en el martirio; ahí teneis al mismo Sebastian, que espira oscuramente asaeteado, sin testigos, en el parque de Adonis: ahí teneis á la santa niña Emerenciana que muere á pedradas mientras ora en las catacumbas; ahí teneis, en fin, á San Casiano, que rinde el postrer aliento á manos de sus discípulos en la misma escuela que regenta y sin dejar escapar una queja, sin dejar de cantar las alabanzas del Eterno.

¿Quién, sino la fé pudo dar tal fortaleza á los niños y á los ancianos? ¿Quién estancó el llanto de las madres? ¿Quién dió regocijo á los padres por la muerte de sus hijos?

Solo ese sagrado fanal que alumbra los ojos del alma, para que crea en otra vida mejor; solo la fé obra tan admirables prodigios: solo la fé pone dulces sonrisas en los labios de los que padecen.

VI.

La fé es tan consoladora como benéfica: ella nos hace confiar en todos cuantos nos rodean; nos hace ver en toda su grandeza el cariño de los padres; nos hace creer en la fidelidad, en la nobleza, en el amor, porque la fé está rodeada de una corte de hermosas criaturas que se llaman *creencias*: estos seres tienen alas, como los ángeles, y cuando hay algun mortal tan desgraciado que despide á la fé de su alma, la fé vuela al cielo seguida de sus alas é inocentes compañeras.

Dios mismo, al bajar al mundo para hacerse hombre y morir por nosotros, trajo consigo á la fé: ella curó á los tullidos, dió vista á los ciegos, habla á los mudos y alimento á los hambrientos, y aun en nuestros días pudiéramos ver muchos milagros operados por la fé.

La fé está siempre entre nosotros sin pedirnos recompensa y á veces sin que la conozcamos: la fé con que ama un hombre triunfa casi siempre de la inconstancia de su amada: la fé en el estudio vence las dificultades que este ofrece á una inteligencia limitada; la fé en el talento abre al que la abraja un porvenir mas ó menos lisongero, mas ó menos lejano, pero siempre consolador: la fé en la ciencia del médico cura á muchos de sus enfermos dolencias, y hasta la fé en los principios políticos ha sido provechosa, pues si bien ha hecho infinitas víctimas, éstas han espirado con la sonrisa en los labios como los mártires del cristianismo, ó arrastran una vida de privaciones y destierro pacientes y resignadas.

No despidais, pues á la fé; los que no la abrigueis en vuestras almas, llamadla presurosos; no

podeis elegir compañera mas benéfica y generosa; yo la conozco bien, pues, como ya os he dicho, jamás me ha abandonado.

Ella ha endulzado todos los sinsabores de mi vida; ella murmura sin cesar á mi oído palabras de consuelo; va conmigo á todas partes, se reclina en mi lecho, recoge mis oraciones de mañana y noche para llevarlas á los pies de Dios: ella enjuga mi llanto con sus alas y me oculta, estendiendo sus inocentes palmas ante mis ojos todos los desengaños del mundo.

Siempre lleva de la mano á la Paz que nació con ella: la negra discordia huye bramando de furor de la mansion que ambas ocupan: la desesperacion no hinca jamás su rabioso diente en el seno que las cobija, porque la fé y la paz le defienden valerosamente de sus ataques y hasta acompañan al sepulcro al que las ama y las abraja.

Yo he rogado á Dios que, cuando me llame á sí, cierre la fé mis ojos con el sueño eterno: le he rogado tambien que la Paz estienda sus alas sobre mi sepulcro, y ha pocas noches que, en medio de un hermoso sueño, se me aparecieron la Fé y la Paz asidas de la mano, envueltas en diáfanos mantos y coronadas de estrellas, y me dijeron, de parte de Dios, que habia llegado mi súplica á los pies de su escelso trono.

¡Su infinita misericordia me asegura de que la veré cumplida!

MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

LA PLANTA MALDITA.

CUENTO

POR DON FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

I.

Quien vive sin amores
muriendo vive,
que es la vida sin ellos
sol en eclipse,
fuente sin agua,
arbolito sin fruto,
cuerpo sin alma.

Trueba.

Teresa y Alonso se amaban.

Eran dos humildes aldeanos que vivían en un reducido pueblo de la costa de Cantabria, el cual se ve por un lado bañado por las olas apacibles del mar, ostentándose por el otro á la sombra de extensas pumaradas ó bosques de floridos manzanos.

El jóven habia puesto sus ojos en la dulce niña, y ella abrió los suyos ante la mirada de su amante. Sus pensamientos y sus voluntades se habian fundido hacia mucho tiempo; aquel sentimiento desconocido embargaba su ser, y no acertando á espre-

sarle con la lengua, guiábanse por los impulsos de su corazón.

Desde que se transmitieron sus sensaciones no amanecía día de luto para Alonso y Teresa, ni dejaba de brillar el sol, de trinar los pájaros, ni de exhalar sus perfumes las flores. La vida de aquellos dos rústicos seres se deslizaba en perpétua primavera, y su feliz ignorancia les servía de escudo para contrarestar los tiros de la ambición, los halagos del placer y la seducción de los goces de la vida.

Alonso pasaba por uno de los mozos mas guapos de la comarca. Era huérfano y trabajaba á jornal para ganar el sustento. Teresa se ocupaba tambien de las labores del campo, y con el sudor de su rostro mantenía á su anciana madre, conocida por lg pastora. La jóven sin educacion, crecida al abrigo del trabajo y al borde de la miseria, era un modelo de belleza agreste, cuya frente se veía circun-eada por una aureola de sensibilidad que la singularizaba. Diríase que en aquella alma, en la apariencia, había encontrado aliento el espiritualismo, porque su rudo corazón latía siempre escitado por las misteriosas emanaciones que sentía. En Teresa había pues, algo de grande y de sobrenatural que aumentaba sus sencillos encantos.

Como crecen la rústica amapola y el lirio silvestre, absorbiendo el jugo de una misma tierra, recibiendo ambos el mismo rayo de sol, y compartiendo las gotas de la lluvia fecundante de primavera, y ven cruzar la estación canicular enlazando sus tallos para fortalecerse contra los embates del huracán, así vivían Alonso y Teresa, cuyas sensaciones se habían identificado á la pura emanación del amor.

Desde niños no se habían separado jamás. Primero disfrutaron juntos de la feliz independencia de los primeros años. Luego abrieron los dos su pecho á las sublimes impresiones que nos ofrece el mundo, al traspasar las fronteras de la juventud; y por último adultos ya, llenos de vida y de ilusiones gozaban solo con verse, con mirarse, con dirigirse un saludo, una palabra, una sonrisa.

Muchas de las encantadas tardes del estío, reposaban tranquilamente sentados en la playa, dilatando su vista por las inmensidades del mar, que apacible y sereno se mostraba á sus ojos azulado y trasparente, como un infinito cristal salpicado de blancas gotas de espuma. Las barcas pescadoras mecíanse blandamente sobre las olas apacibles, y las brisas húmedas, al ponerse el sol, refrescaban sus sentidos, en tanto que las cantinelas de los hombres de mar arrobaban á los jóvenes en éxtasis misterioso.

Un día estaba para ocultarse el sol, y Alonso y Teresa que tenían fija su mirada en el astro potente, al trasponer la línea que señala el horizonte, y por la cual el cielo se separa del agua, despertaron del aletargamiento en que aquel espectáculo sublime, les tenía sumidos, á los ecos lánguidos del canto de un pescador.

El acompasado golpe del remo que impulsaba la frágil navecilla, se oía cada vez mas claro y distintamente y los jóvenes campesinos pudieron escuchar esta copla acompañada del rumor de las olas.

Cual las aguas de los ríos
van á juntarse á la mar,
tus amores y los míos
en el cielo se unirán.

Al oír estas palabras, Alonso, cual si temiera que Teresa había huido de su lado, tendió sus brazos para asir las manos de la jóven. Esta meditaba silenciosa, sobre la canción del pescador, y al fijar su mirada en la del mancebo, exclamó:

—Ese cantar me ha helado la sangre en las venas.

—Por qué? contestó, un tanto inquieto Alonso.

—Porque temo que nos amenaza alguna desgracia.

—Mientras esté á tu lado, añadió el jóven recordando la serenidad, no tengo miedo á nada en el mundo.

—Yo me entristezco con la idea de que pudieran separarnos.

—Eso no puede ser.

—Es verdad, contestó Teresa, fío en la Virgen, á quien voy á rezar toda las mañanas para que nos proteja.

—Pues entonces, por qué tiemblas?

—Qué sé yo!

—Teresa; María Santísima favorece á los que recurren á ella. Yo tambien la he pedido por tí algunas veces, y al ver la buena cara que me ponía no he pensado nunca en que podíamos ser desgraciados.

—Alonso, dijo la jóven, como si al mismo tiempo que tratara de tranquilizarle, le quisiera advertir prudentemente algun peligro inesperado; nadie tiene mas fé ni mas confianza que yo en el auxilio de la Virgen. La sonrisa del niño que tiene en sus brazos me ha dado á entender varias veces, que nos concede su protección; pero para merecerla es necesario que seamos buenos: es menester que tengamos contenta á la Virgen para que te dé suerte, con objeto de que podamos casarnos.

—¿Y qué hemos de hacer para eso?

—Trabajar, rezar y ser buenos cristianos. La Virgen no consuela á los que solo tienen su nombre en los labios y no llevan su imagen en el corazón.

—Yo la llevaré siempre, exclamó Alonso, escitado por las palabras de la jóven.

—Y yo, repitió ella inspirada por sus pensamientos.

—¿Y si de esa manera, añadió Alonso, no logramos lo que queremos?...

—Entonces, ¡sea lo que Dios quiera!

El tenue y maravilloso resplandor de la luna brilló en aquel instante sobre la superficie del mar, plateando con su luz argentada las tranquilas ondas del océano. Había espirado la tarde y los dos jóvenes tornaron á sus hogares á paso lento para no apresurar su separación.

Así se deslizaban los venturosos días de aquellos campesinos, halagados con la esperanza de llamarse alguna vez marido y mujer. Alonso trabajaba con ahínco por satisfacer cuanto antes este deseo, y su bella novia iba diariamente á ofrecer á nues-

tra Señora, objeto de su especial devoción, una guirnalda de flores silvestres coronadas todavía de perlas de rocío, ofrenda sencilla que depositaba á los pies de la madre amorosa de los pecadores y con la cual crecía su confianza en lo porvenir.

Pero hé aquí, que cuando las sonrisas de la esperanza tenia aletargados á los dos aldeanos, cuando soñaban halagados por los encantos de la fortuna, viendo renacer en cada aurora sus ilusiones, y exhalándose su pecho en amorosos suspiros, aquella maga veleidosa y á veces cruel vino á echar por tierra el castillo de naipes que constituía su futura felicidad.

Alonso habia cumplido 20 años. El tributo de sangre con que los pueblos acuden al servicio de la patria debia alejar de aquella escondida aldea á algunos de sus hijos. Dos de ellos eran los amenazados para trocar un sencillo traje por el uniforme del soldado y la azada por el fusil, y el primero á quien condenó la suerte á tan penosa fatiga, cuyos azares amedrentan al pecho mas valeroso, fué el jóven labrador que no contaba con escepcion alguna que le pudiera eximir del servicio de las armas, ni con recursos para pagar un sustituto.

Solo en el mundo desde los primeros albores de su vida; sin mas amparo que la Providencia, sin otro medio para vivir que el fecundo manantial del trabajo; sin mas encantos ni mas esperanzas que las que le inspiraba el cariño de su inocente Teresa, único lazo que le reconciliaba con su destino, Alonso, al extraer la bola fatal, símbolo para él de desventuras, y al conocer la triste realidad de su desgracia, derramó abundantes lágrimas que fecundaron la flor de sus amores.

Pensando en que iba á separarse por largo tiempo de aquella mujer en quien fundaba su bienestar, atormentado con la idea de que podia sucumbir en su ausencia, Alonso tembló con aquellos horribles pensamientos que abatian su espíritu.

La candorosa aldeana, que no habia visto jamás impresa en su frente la huella del dolor, al saber la triste nueva que arrancaba de su lado á su prometido, se estremeció impulsada por un secreto presentimiento por el cual veia á sus plantas un abismo con aquella partida. Sin adivinar el origen de tan intensa amargura, prorumpió en desolados gemidos, sus ojos se anegaron en llanto, sintió circular por sus venas el frio glacial, precursor de la muerte, y su anciana madre temió por la vida de su hija que era el único bien que la restaba en el mundo.

II.

.... porque el honor
es de materia tan frágil,
que con una accion se quiebra
ó se mancha con un aire.

Calderon.

—Buenos dias, señor Pedro.

—Dios guarde al soldado.

—Vengo á decirle á V. que se quede con Dios y á pedirle un favor.

—Pues cuando es la marcha?

—Esta tarde salimos para Oviedo.

De este diálogo eran interlocutores un sexagenario y honrado vecino del concejo donde se verificaron las escenas que vamos narrando, y Alonso, quinto por el cupo del mismo. El jóven huérfano habia crecido al amparo de aquel hombre de bien, á quien iba á saludar antes de partir, llevando oprimido el corazon por el peso del sentimiento y la gratitud. Al señor Pedro debia Alonso beneficios inmensos. El le habia enseñado á bendecir á Dios en sus primeros años. Despues, dedicándole al trabajo, le mostró la senda de la virtud y con su ejemplo le enseñó á cumplir con los deberes del ciudadano. El, mas tarde, le habia amparado, dispensándole un asiento en su mesa, un lecho humilde en su casa y abrigo dulce en su hogar, mientras la miseria devoraba á sus paisanos pobres como él y faltos de recursos. De él, en fin, habia recibido siempre sanos consejos y saludables máximas, de esas que forman el semillero de la probidad y que el señor Pedro derramaba constantemente en su torno, como si quisiera indemnizarse con su nobleza, de los tormentos que le habia hecho sufrir su hija.

Cuando Alonso penetró en la habitacion de su señor, como llamaba al Sr. Pedro, este no se hallaba solo. Marigüela, su hija, habia intentado en vano dirigirle varias veces la palabra, pero su padre la esquivó como siempre. El quinto apareció á su vista, y despues de su saludo, el señor Pedro indicó con una mirada á la jóven que los dejara solos. Obedeció ella aunque de mala gana, y el anciano hizo una seña á su protegido para que hablara.

—Señor, le dijo el jóven conmovido y con cierto embarazo que revelaba su respeto; voy á marcharme del pueblo, pues mi suerte así lo ha querido. Aquí dejo la mitad de mi corazon porque me separo de V. á quien tanto debo y de la mujer con quien pensaba casarme. Teresa la hija de la pastora es mi novia, como V. no ignora. Ella me quiere bien, se halla muerta de pena. Tengo ahorrados cuatrocientos reales que guardaba para los gastos de la boda. Siendo soldado para nada los necesito, hasta que Dios quiera que vuelva á cumplir mi palabra á Teresa, y vengo á entregárselos á V. para que me los guarde hasta el dia en que los necesite. Dicho esto, entregó una bolsa de cuero con aquella cantidad á su protector.

—Alonso, contestó el señor Pedro, eres un buen muchacho y mereces cualquier sacrificio que se haga por tí. Si la cosecha de este año hubiera sido buena y yo no me viera tan apurado te daria dinero para que pusieras un hombre; pero amigo, no puede ser.

—Muchas gracias, mi señor, exclamó Alonso interrumpiendo al anciano y besándole las manos reconocido á la sinceridad de sus palabras.

El señor Pedro continuó:

—Yo tendré este dinero en depósito hasta que vuelvas, ó lo necesite, si es que sobrevivo á tu ausencia, porque mi salud se quebranta de dia en dia.

He padecido mucho por causas que sabes bien, y creo que no tardaré en encontrar descanso en la sepultura.

Al pronunciar estas palabras el señor Pedro estaba muy conmovido y casi lloraba.

El joven le replicó.—Dios le dará á V. paciencia para soportar sus desgracias, y no querrá privar á Marigüela de un padre que tanto la ha querido, ni á mí de un amigo que tanto bien me ha hecho.

Dicho esto, el presunto soldado añadió:

—Ahora, señor, quisiera pedirle á V. otra gracia.

—Cual?

—La de darle un abrazo.

El señor Pedro estrechó cordialmente á Alonso entre sus brazos, y este turbado, confuso é impresionado, no supo articular una palabra.

—Ah! repuso el anciano, antes de separarnos quiero darte un recibo de esa cantidad que me entregas.

Alonso le interrumpió.—De ningún modo. Es V. muy honrado para que yo necesite de ese papel.

—Pues bien, continuó el Sr. Pedro. Si muero te devolveré tus ahorros la persona de confianza que yo designe.

—A la par de Dios, mi buen amo, dijo Alonso saliendo apresuradamente.

—Que seas feliz! murmuró él al ver partir á Alonso, y para sí añadió: este era el único amigo leal que me quedaba y también se va. Sea Dios bendito!

Para la mejor ilación de esta anécdota, conviene que retrocedamos, con objeto de averiguar la causa de los sinsabores que durante algun tiempo habian asaltado al anciano pecho, sureado su rostro con las señales del mas vivo dolor, y llenando de tribulaciones su espíritu.

Al constituirse el hombre en familia, la Providencia le dá hijos respondiendo á las leyes de la naturaleza, para que estos endulcen las penas de los que les dieron el ser y les sirvan de alivio en su vejez: «amados» les dice á los padres, educados en el temor de Dios marcándoles la senda de la virtud. Mas si ellos cumplen con estos sagrados preceptos, la justicia del cielo no quiere hacerles responsables de las faltas que sus hijos cometan, antes bien, les presta consuelos para sobrellevar su desgracia.

El señor Pedro tenia una hija única. Su esposa habia fallecido al darla á luz, y él robando algunas horas á los cuidados de la labranza, habia hecho, si no todo lo que debia, lo que juzgó bastante para guiar á aquella criatura que era su sola esperanza por el camino del bien. Ella de carácter díscolo y voluntarisco, de menguados instintos y de organización frágil y propensa al mal, habia desoído los consejos paternales, satisfaciendo desde niña sus mas pueriles deseos, abusando de la debilidad del Sr. Pedro, hijo del amor sin límites que la profesaba, sin que bastara jamás á contener el dique de sus caprichos y de sus pasiones, la autoridad, rígida muchas veces, de aquel padre desventurado.

Acababa de trascurrir un año, en que Marigüela

habia hecho apurar al Sr. Pedro el cáliz de la amargura.

Después de haber sostenido varias veces relaciones amorosas con diversos mozos de la aldea, las cuales amenguaron la estimación en que la tenían las gentes; después de haber fomentado las hablillas del vulgo, desde que cumplió los veinte años, hasta entonces que rayaba en los veinte y cinco, porque Marigüela contaba el triste privilegio de haber sabido aprender antes que todo, á parecer mala y de dudosa conducta, sin advertirlo ella misma, ocurrió un suceso que llenó de consternación al honrado señor Pedro, dando lugar en el pueblo á los naturales comentarios que arrastra en pos de sí un hecho deshonesto.

Hacia algunos meses que la salud de Marigüela se habia alterado visiblemente; los cuidados de su padre, cariñoso y solícito siempre con ella á pesar de los disgustos que le proporcionaba, no servian para dulcificar el estado de la joven, en cuyo pecho habian tenido entrada por primera vez los remordimientos. Marigüela triste y pensativa se avergonzaba de las caricias de que era objeto por parte de su padre, el cual ignoraba la causa de los desvelos á que se veía condenada.

Un día en que aquella infeliz se vió obligada á guardar cama, á causa de su estado, el señor Pedro inquieto y receloso se propuso inquirir el padecimiento que la aquejaba, introduciéndose en su dormitorio á las altas horas de la noche. Entonces se entabló un interrogatorio, en que al bondadoso padre substituyó el severo juez. El señor Pedro interpelló á su hija dulcemente, escitándola á que le confesase la verdad. Ella fria y serena respondió con evasivas y pretextos á las palabras de aquel, mostrando en las suyas breves y entrecortadas una tenaz reserva, que en vano intentó el anciano penetrar; y la entrevista que se habia hecho larga por el tiempo que el señor Pedro empleó en dirigir á su hija ruegos que fueron desoídos y reflexiones que no hallaron eco en el corazón de la joven, terminó produciendo un terrible desasosiego y vergonzosas dudas en el pecho de aquel hombre honrado que arrebataron por completo su tranquilidad.

—Señor amo, decia al otro día Alonso al señor Pedro, vengo del trabajo. He escarbado la tierra del huerto, donde está el cuadro de las flores, como V. me mandó. Algunas habian crecido, y con la lluvia de estos dias se hubieran puesto todas como una hermosura de Dios, pero ¡que si quieres! la mayor parte se han perdido porque la zarza que plantamos en la tapia para que no saltaran los muchachos habia estendido sus ramas, tronchando las flores poco á poco que daba compasión.

—Planta maldita! exclamó el señor Pedro. Te dije que la arrancarás, limpiando bien los surcos para que el jardincito se repusiera. ¿Lo has hecho?

--Sí, señor. He destrozado la zarza, arrancando hasta las raíces que eran muchas y estaban muy agarradas. ¡Si viera V., señor, qué lástima me daba, ver secas y cubiertas de polvo las hermosas azucenas que V. tanto cuidaba!

—¡Maldita planta! volvió á repetir el señor Pedro. Ya no harás mas destrozos.

En este instante una anciana, única criada del señor Pedro, llegó presurosa, trémula, agitada y ahogando sus sollozos, la cual en mal articuladas frases gritaba.

—Señor! señor! Marigüela se muere ó, la sucede alguna desgracia! Venga V. señor!

—El anciano, fuera de sí, se trasladó instantáneamente á su habitacion murmurando: ¡Pobre hija mia! Alonso y la criada le siguieron; pero en el momento de penetrar en el cuarto de la jóven, los ayes de esta ya no se oían. Marigüela sin auxilio de nadie acababa de dar á luz una niña que á los pocos minutos habia dejado de existir.

El señor Pedro, asombrado, mudo y estático ante el espectáculo de su deshonor, embargado por un espantoso delirio solo supo esclamar, dirigiéndose á Alonso.

—Mi hija! Mi hija, perdida, deshonrada! Esta es la zarza del huerto. Esta es la planta... que yo maldigo!

A estas desgarradoras frases, solo siguió un hondo gemido de Marigüela que heló la sangre de su padre. El señor Pedro huyó acongojado de aquel lugar. La anciana acudió al socorro de la jóven, Alonso á consolar á su amo y no resonó un acento mas en aquel albergue de la desgracia.

III.

La mas bella niña
de nuestro lugar,
hoy es viuda y sola,
y ayer por casar,
viendo que sus ojos
á la guerra van,
á su madre dice
que escucha su mal:
dejadme llorar
orillas del mar.

Góngora.

El mundo regulador de las acciones humanas no olvida los delitos que en él se cometen, descargando el estigma del desprecio sobre el culpable; pero un padre aunque haya visto manchada su honra y amargados sus apacibles dias, no puede jamás formar parte del mundo para condenar á una hija. Entre la opinion severa de la sociedad y su propia conciencia se abre un abismo, porque miramos las faltas ajenas con mas acritud que cuando son propias.

Cumplido ya un año en que el señor Pedro habia visto mancillado el honor de su hija á la par que el suyo, Marigüela sufrió en este tiempo el castigo que su padre la impuso, no sin violentar su carácter de no volverla á dirigir nunca la palabra. A su lado vivia. Sentábase á su mesa, dormia bajo su techo, pero desde aquel amargo suceso, ni una sola vez habia logrado la jóven que hallaran acogida sus súplicas, ni eco su voz en los oídos

AGOSTO.

del anciano. Este, cavilando siempre en la gravedad de su situacion, víctima de las alusiones emboscadas de las gentes, y sobrellevando con resignacion las tribulaciones á que se veía condenado, miraba á su hija con ojos de compasion, espiaba sus acciones y contaba sus pasos para no verla espuerta á hundirse en una nueva sima.

No pudo el señor Pedro castigar la conducta criminal del hombre que habia deshonrado á Marigüela, porque cuando conoció su desgracia, el infame habia desaparecido sin que se volviera á saber su paradero. En tal situacion encomendó al cielo el consuelo de sus desdichas, y oró muchas veces arrodillado porque su hija alcanzara el perdón que ella no se cuidaba de demandar. Así intentaba el viejo volver á su pecho la calma y la tranquilidad á su conciencia.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando Alonso cayó soldado.

El jóven turbado por la emocion, salia con direccion á la calle despues de haberse despedido del señor Pedro, el dia en que debian partir los quintos de la aldea, y aun se hallaba dentro de la casa de su antiguo amo, cuando oyó una misteriosa voz que le llamaba. Volvió la vista, y vió á Marigüela que con el rostro un tanto descompuesto y mostrándose deseosa de hablarle, le hacia señas para que retrocediera.

Alonso acercándose á ella con cierta timidez, la dijo.

—Es verdad. Me iba sin despedirme de tí y esto no es regular.

—Ven, tengo que hablarte, contestó la jóven bajando la voz con misterio, y condujo á Alonso apresuradamente al sitio mas retirado de la casa, que era el horno.

Al penetrar allí, Marigüela cerró cuidadosamente la puerta para evitar que nadie les viese. El campesino á quien inspiraba desconfianza la jóven se llenó de inquietud al observar las precauciones que tomaba, y á no temer su cólera hubiera abandonado aquel lugar, pero ya era imposible.

—Qué me quieres? exclamó; qué te se ofrece?

Marigüela lanzándole una mirada penetrante y dando á sus palabras un acento de benignidad que contrastaba con la torva expresion de su rostro, habló de esta manera:

—He oido lo que le has dicho á mi padre. Sabia que estabas en trato con Teresa, pero nunca pensé que quisieras casarte con ella. Es pobre y además no falta quien hable de su conducta por no sé qué deslices...

—Marigüela! gritó Alonso. ¡No ofendas á mi novia! y en su semblante se pintó la expresion de la rabia.

La jóven continuó:

—Si das voces porque te digo la verdad, podrán oírnos y te interesa mucho lo que voy decirte.

Acaba pronto, porque estoy de prisa.

—Pues bien, escucha. Tú sabes lo desgraciada que soy. Tú conoces mi situacion y la severidad con que me trata mi padre sin motivo fundado para ello.

Alonso movió la cabeza en señal de incredulidad.

—Aquí vivo despreciada, prosiguió ella, nada mas que porque cometí una falta que todos han olvidado, menos mi padre que siempre ha sido capiloso. A causa de ella él me ha perdido el cariño, y harto cruel conmigo hasta me ha retirado la palabra. En tal situación yo no puedo seguir y quiero hacerte una proposición que te conviene mas que la boda de esa pobretona por quien estás alelado.

—Lo que á mí me conviene, dijo Alonso perdiendo la paciencia, es salir de aquí ahora mismo.

Iba á abrir la puerta y Marigüela le asió por un brazo deteniéndole bruscamente.

—¡Me has de oír! exclamó: ¡y pobre de tí si me desprecias!

Alonso quedó inmóvil y la jóven continuó con imperiosa voz y aire resuelto:

—He pensado marcharme de esta casa. Abandonar el pueblo donde no puedo vivir, buscando mi felicidad lejos de aquí. Tú te separas tambien de estos lugares; podré irme contigo. Tengo dinero, que te entregaré para que nos ayudemos, y si quieres casarte conmigo te haré feliz porque te quiero mas que Teresa, y no te he declarado antes mis deseos por temor de que me desairaras.

Alonso oyó estas palabras con una mezcla de sorpresa y de terror que le embargaron el ánimo.

—Marigüela, exclamó, tú por fuerza te has vuelto local! ¡Casarme yo contigo! Jamás!

—Alonso, prosiguió ella sin darse por entendida de las frases del jóven; créeme yo te amo, yo pienso en tí desde hace mucho tiempo aunque tú no lo has observado, y ahora siento una gran pena desde que te he oído decir que quieres casarte con Teresa, la cual no es digna de tu cariño. Mi vida es tuya; habla, dí que me quieres, y huyamos juntos donde nadie nos conozca....

—Yo no tengo nada que ocultar, murmuró el jóven. Yo no puedo oírte con calma, Marigüela, y me das lástima.

—Por tercera vez, repitió ella, te suplico que escuches mis ruegos. Reflexiona lo que te conviene. Yo te ofrezco mi mano, dinero y los bienes que heredaré cuando muera mi padre.

La espresion de contento con que tiñó su rostro Marigüela al pronunciar sus últimas palabras, llenaron de indignacion al jóven, el cual impulsado por sus nobles sentimientos, exclamó:

—No quiero contestar á tus proposiciones como merecias, porque pudieran oírnos y sospechar mal de mí. Solo te diré antes de marchar: que yo no te quiero, que no te he querido nunca, que no te puedo querer jamás. Pero aunque esto así no fuera, un soldado no tiene mas voluntad que la de sus gefes, y yo no podria casarme. Así pues vuelve á la razon y piensa que esos proyectos no podria yo aceptarlos en ninguna ocasion, porque te conozco demasiado.

—Me insultas? exclamó Marigüela con rabia.

—Te digo la verdad.

—Eres un infame!

—Tú, una pobre mujer!

Alonso abrió rápidamente la puerta; pero antes de salir Marigüela le dijo en voz baja con acento de rencor profundo y dando á su fisonomía una sátnica espresion:

—Te aborrezco y te he de perder!

—No podrás, contestó tranquilamente el jóven.

—Arrepiéntete, le replicó Marigüela con tono imperativo.

—Teresa será mi mujer.

—Teresa....

Alonso no la dejó terminar la frase, y trayendo la puerta con ímpetu en pos de sí exclamó al salir:

—Bien dijo tu padre; tú eres la planta maldita!

Un momento despues era la caída de la tarde, hora en que los céfiros vagan en torno de las flores, en que los pájaros somnolientos se acuestan sobre las ramas de los árboles, y la naturaleza se estásia herida por los rayos de luz de las estrellas mensageras de la noche.

La aldea presenciaba entristecida un espectáculo de esos que llenan de luto á los pueblos.

Los quintos iban á cumplir su destino.

Marchaban tristes y cabizbajos los dos jóvenes á quienes habia designado la suerte.

Uno de ellos se apenaba por dejar á su madre, á sus hermanos.

El otro sentia destilar gotas de sangre de su corazon, porque no tenia nadie á quien abandonar, ni padre á quien volver los ojos, ni hermanos que le dirigieran una palabra de consuelo: este era Alonso.

El huérfano apenas pudo despedirse de Teresa. En los breves instantes que estuvo á su lado, ella colocó en su pecho el escapulario de la Virgen, para que aquella imágen le preservara de todo mal.

A la anciana madre de la novia le dijo:

—Si vivo, nadie mas que ella será mi mujer; si muero, para nadie mas que para ella será mi último suspiro.

Dióla un abrazo, y para Teresa solo tuvo una mirada en que aquellas dos almas se confundieron.

Mientras que en las lindes del pueblo se apiñaba la multitud para dar el adios de despedida á aquellos bisonños militares, mezclándose los sollozos con las frases afectuosas de todas las personas que asistian á tan triste espectáculo, Teresa de rodillas ante la madre de Dios, bañada en un mar de lágrimas y con la mirada fija en el altar, permaneció en éxtasis arrobado articulando maquinalmente el Ave María. En tal situación, los ecos lastimeros y el lejano murmullo de las voces vinieron á herir sus oídos. Entonces exhalando un hondo suspiro exclamó:

—Virgen mia! inspiradme para que sepa vivir en tu gracia y pueda volverle á ver!

A esta oracion pia, elevada al cielo, hacian coro las exclamaciones de otra mujer, que en lugar apartado y reconcentrando en sus palabras todo el veneno que circulaba en sus venas, decia al partir Alonso:

—Te vas y me dejas! ah! te has de acordar de mí!

IV.

La dulce frente inclinada
sin color y sin esencia....
pobre flor desconsolada!
Tú vives enamorada
y sufres males de ausencia.

Selgas.

Acababa de amanecer y los pajaritos regocijados entonaban sus cantigas dando la bien venida al nuevo día. Y qué día tan hermoso! Las sonrisas de la naturaleza celebraban su triunfo, cuando contemplaba la aldea, como habían desaparecido los celajes de la noche para abrir paso á la aurora, que cual virginal doncella venia envuelta en la trasparente gasa de ligeras nubecillas blancas, teniendo por pedestal el espacio, por corona la luz, y por acordada música el susurro de los céfiros, el trinar de los riuiseños y el murmurio de los arroyos y de las fuentes.

Todo respiraba vida, todo convidaba á gozar. El mar con sus rizadas espumas, sus aves pasajeras, su vientecillo húmedo y su incomparable magestad; y la tierra con sus frondosas arboledas, sus espesos brezales, sus abalayas de roble, sus floridas pumaradas, sus caminitos solitarios, sus cabañas de paja, y su cohorte de flores silvestres pugnaban por hacer deleitosos aquellos lugares, donde entre profundas simas, rocas escarpadas, sendas peligrosas, arroyuelos ignotos y mar azul, natura se muestra ostentosa de sus dones.

Teresa salió de su humilde choza, despues de haber peinado á su anciana madre y de darla un abrazo. A solas con sus pensamientos se dirigia á la pradera para entreteger las flores que ni un solo día habia dejado de ofrecer á la Virgen, cuando salió al encuentro Marigüela, que hacia mucho tiempo representaba el papel de su mejor amiga y protectora.

Sonrióse la jóven al verla.

Marigüela le dijo:

—Teresa, el mes de Mayo se acerca; las mañanas convidan á gozar del campo. Desde hoy te acompañaré todos los días y cogeremos flores para adornar nuestros cabellos.

—Ay! murmuró la jóven dando un suspiro. Yo no sé adornarme, ni pienso que me estén bien las flores; así es que no las cojo para mí, porque creo que si me las pusiera, al instante se ajarían.

—Eso consiste en que tienes á tu amor ausente; pero no te apures que pronto volverá.

—Dios mío! exclamó Teresa, reflejándose en su frente un rayo de esperanza. ¿Ha habido alguna noticia? ¿Sabe el señor Pedro de Alonso?

—Sí; anoche hemos recibido una carta. La primera de su letra porque ya ha aprendido á escribir. En ella dice que se le han hecho tres siglos los tres años que acaban de cumplirse desde el día que dejó el pueblo.

—Tres años! exclamó Teresa humedeciéndose sus ojos. Tres años hace que no nos vemos. En tanto tiempo no sé como he podido resignarme á vivir

sin él. No sabe Vd., Marigüela, los tormentos que esta ausencia me hace sufrir!

—Pues qué, no los advierto? dijo Marigüela aparentando solícito interés y dejando entrever la complacencia que experimentaba al ver padecer á Teresa. ¿No he enjugado tus lágrimas muchas veces animándote á esperar?

—Es verdad. A Vd. le debo muchas horas de calma. Sin Vd. acaso ya hubiera muerto de pesar. Vd. me anima, me da consuelos y es mi ángel bienhechor.

Marigüela oía estas palabras con disgusto, aunque aparentaba merecer el agradecimiento de Teresa.

La hija del señor Pedro habia alcanzado el cariño de la jóven enamorada, interviniendo en sus cuantas, con objeto de acechar el momento de la venganza sin comprometerse. Aquella mujer, tenaz en su deseo de tener á Alonso por marido no le habia olvidado, al mismo tiempo que no se apartaba de su memoria la idea de que el soldado la despreciaba. No hallaba, pues, medio de atraerle á su cariño y de alcanzar sus deseos, en tanto que Teresa existiera en el mundo, y Marigüela puso todos sus cinco sentidos en buscar un medio para libertarse de aquella inocente niña. Empezó á captarse su voluntad con palabras melosas, con demostraciones de interés y cariño. Poco á poco fué posesionándose de su corazón alentando en su pecho la esperanza y respondiendo á sus inclinaciones para cebarse despues con mayor seguridad de triunfo en su presa y despedazarla.

La madre de la candorosa jóven la decia muchas veces: "Hija, no te fíes de esa mujer; Alonso me lo advirtió al separarse de nosotros. Es una planta maldita. Además, sus antecedentes no son muy buenos: todo el mundo dice que es mala, y hasta su padre, añaden, que no la mira con buenos ojos."

Teresa, sin embargo, se hallaba dominada por Marigüela y la creía pura y virtuosa como ella, despreciando los avisos que la daban acerca de su malignidad, y no prestando oídos á las personas que condenaban sus faltas, á quienes calificaba, la víctima infeliz, de chismosas y maldicientes.

Así fué gustando la ponzoña que en su corazón iba infiltrando el trato frecuente con Marigüela. Esta era la imagen siniestra de la desolación y de la desgracia. Era una de esas mujeres á quien ha señalado el dedo del destino para ser las espinas punzantes del vergel de la humanidad, para vivir en el desorden de las pasiones inspirándolas su imaginación un pensamiento bastardo cada día, y las cuales se regocijan en el alarde de sus perversos instintos.

Habia observado, como fruto de sus meditaciones y proyectos, que Teresa, impresionable como la sensitiva veía marchitarse su salud, y perturbarse su espíritu á impulso de la mas leve emoción ó del mas pequeño disgusto.

Teresa de imaginación calenturienta sentía arder su cabeza y se veía devorada por la fiebre á cualquier violenta transición de las que tan frecuentes eran en su carácter. Del goce de los sen-

tidos, al dolor mas intenso no hay mas que un paso, y en las organizaciones en que ejerce un poderoso influjo la sensibilidad, obsérvese á menudo contrastes singulares. El llanto que purifica y desahoga produce la risa; la hilaridad exagerada hace asomar á nuestros ojos las lágrimas degenerando en llanto. La emocion de un placer inesperado abate al espíritu, oprime el corazon, y nos conduce al anonadamiento. El dolor profundo, que despedaza el alma, y á que se entregan unánimes todas nuestras potencias, convertido instantáneamente en primicias de una felicidad soñada, ataca directamente al cerebro y puede ocasionar la locura, la imbecilidad y hasta la muerte.

Marigüela con el instinto de perversion de que era dueña, apreciaba todo el valor de tales circunstancias, para conseguir el fin, causa de sus desvelos. Habia preparado el terreno con tino y habilidad, y uno de los principales recursos de su plan consistia en haber interceptado las cartas en que Alonso se deshacia en frases cariñosas para con Teresa, lo cual aumentó el odio de Marigüela hácia aquella jóven. Así esperó dar cima á sus funestos propósitos.

Teresa, pues, no habia recibido noticia alguna de Alonso hacia mucho tiempo. El amor que la jóven profesaba al soldado lejos de entibiarse tomó de dia en dia las proporciones de una inextinguible hoguera. Mil tristes pensamientos la asaltaban; las zozobras que sentia su pecho la consumian. No conseguia dormir porque desvelaba su sueño la pesadilla. Representábase á su imaginacion un panorama de desdichas. Creia que Alonso habia sucumbido al dolor de verse lejos de ella. Otras veces le suponía víctima de alguno de los motines que por entonces estallaron en España. Tampoco llevaba á su boca mas que un sorbo de leche ó un pedazo de borona, porque su estómago rechazaba toda clase de alimentos. Vivía en fin en la inercia y el abandono teniendo siempre fija en la imaginacion aquella idea que le servia al mismo tiempo de consuelo y de tormento; pero que iba debilitando su ser en términos, que segun decia el médico estaba en camino de sucumbir á la menor impresion.

Teresa lloraba, como no habia llorado nunca. El que es verdaderamente infeliz y siente latir su corazon con la fuerza que sentia palpar el suyo la jóven, no tiene ojos para ver ni lengua para expresar su tormento; porque el alma se convierte en abundante manantial cuyas aguas sirven para endulzar las penas, aquellas aguas se agolpan á los ojos, los cuales derraman el bálsamo consolador, y las mejillas son dos cauces cuya corriente vivifica el espíritu y apaga el fuego de la imaginacion.

La jóven derramaba lágrimas porque habia perdido la última esperanza. Porque nadie le daba noticia de su Alonso y ella temia que hubiese ocurrido alguna desgracia.

En tanto Marigüela en quien los instintos de la depravacion habian tenido un inusitado desarrollo, á causa del odio que le infundia Teresa y del afan que alimentaba por hacerla víctima de sus

maldades, ideó un medio que pudiera conducirla á su objeto. Habia sabido reservadamente que Diego su antiguo amante, y padre de la niña que años atrás dió á luz, se hallaba rondando las cercanías del pueblo, instigado por la miseria que le conducia á aquellos lugares para ver si lograba alcanzar algun alivio de la que antes le habia halagado para lograr sus favores. Marigüela le avisó secretamente, valiéndose de un obrero de la casa de su padre, de que tenia que hablarle, dándole una cita para la media noche de aquel dia, y en su propia casa, con objeto de no verse espuesta á que en otro sitio la sorprendieran.

Á la hora convenida, en que la aldea yacía en el mas completo reposo, Diego se introdujo en el pueblo y despues con precaucion suma en la casa del señor Pedro.

—Diego, le dijo ella al verle despues de una larga ausencia. ¿Qué buscas en este pueblo? ¿Si mi padre te encuentra te matará!

—Y lo dices con esa calma? contestó Diego. Marigüela, veo que ya no me quieres....

—Sí, te quiero, y por lo mismo temo que si mi padre te hallase, suceda alguna desgracia.

—Pero vivir lejos de tí, solo, sin recursos...

—No te apures, te tengo reservado algun dinero para que te mantengas hasta que Dios quiera...

—Hasta que Dios quiera... qué? dijo con curiosidad.

—Hasta que Dios quiera que se muera mi padre, que no debe ser tarde, porque está viejo y achacoso.

—Muchas gracias, Marigüela. Tuyo soy como siempre, dispon de mí.

—¿Podría contar contigo, dijo la jóven, para un proyecto?

—Para todo lo que me necesites.

Marigüela entonces confió á su antiguo amante el secreto que la habia inducido á darle aquella cita. Mostróle sus intentos y le exigió promesa de que la ayudaria disfrazando el verdadero sentimiento que la guiaba en sus propósitos.

El ladrido de un perro receloso abrevió la entrevista de Marigüela y Diego, en la cual se acababa de concertar un plan de cuya llave solo era depositaria aquella mujer, cuyas maquinaciones tenian un fin perverso.

Dócil el jóven á sus insinuaciones, ofreció complacerla en las exigencias que habia mostrado, con la esperanza de que Marigüela recompensaria su complacencia, dándole el dinero ofrecido.

Despidiéronse, y antes de salir Diego la dijo.

—Y aquello?

—Mañana á estas horas te lo entregaré si te portas bien. Con que no olvides mis advertencias. Á las cuatro en la cruz de piedra. Na faltarás.

—No faltaré.

—Has comprendido mi idea?

—Perfectamente.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, repitió Diego, y volvió á deslizar con las precauciones que habia entrado.

Marigüela satisfecha del éxito de su bastarda

empresa.
ser pudie
su corazo
bargo, la
instante
nidas no

La vi
porque
siglo gu
ejército,
caramuz
sucumbi
lor, la le
done á
luto y es

Alons
razon op
meros d
ven alde
gido en
zaban.
zacion d
te de su
espinosa
ró pensa
ramó las
decen al
roso ser
se cosec
mito, y
como la

El jóv
compre
arte mil
delo de
No sa
millacion
timiento
resa, se
mente.

Dócil,
ocasion
nunca n
zarse, f
pasaba l
servicio,
pensami
norte en
tura, afi
paso qu

En la
ría y el a
liarizóse
aunque
sus inqu
vida, esp
por el tr

empresa, se acostó. Parecía imposible que aquel ser pudiera reposar tranquilo, y sin que turbaran su corazón las ideas que le dominaban. Sin embargo, la hija del señor Pedro pudo conciliar al instante el sueño, porque [en las] almas empedernidas no hace mella el crimen jamás.

V.

La mia vita é imigunda arida
lauda ove non sorge un fior.

Dall'ongaro.

La vida de Juan soldado es muy larga de contar, porque si en España no ha habido hace medio siglo guerras que diezmen las filas de nuestro ejército, no han faltado sublevaciones, motines, escaramuzas y tumultos, y en lucha fratricida han sucumbido los hijos de esta tierra clásica del valor, la lealtad y el heroísmo. ¡Que Dios se lo perdone á los hombres que han sido causa de tanto luto y esterminio!

Alonso había ido á servir á la patria con el corazón oprimido y el ánimo conturbado. Los primeros días de su nueva vida, los vió pasar el joven aldeano con espíritu intranquilo y sumergido en un torrente de recuerdos que le despedazaban. Teresa, la imagen de sus sueños; la realización de sus esperanzas, no se separaba un instante de su memoria. Por ella había alentado en su espinosa peregrinación en el mundo; ella le inspiró pensamientos nobles y generosos; por ella derramó las gotas de sudor del trabajo que engrandecen al hombre, y ella en fin le guiaba en el honroso servicio de las armas, donde sembrando valor se cosechan hazañas, donde la gloria no es un mito, y la lealtad tiene pirámides y obeliscos, así como la traición baldon y vergüenza eterna.

El joven campesino se dió tan buena maña á comprender las prescripciones rudimentarias del arte militar que en poco tiempo sirvió para modelo de sus compañeros.

No sabía escribir; pero comprendiendo la humillación que tenía que sufrir al confiar sus sentimientos á otro para que se los transmitiese á Teresa, se propuso aprender, y lo consiguió brevemente.

Dócil, circunspecto y respetuoso, no daba jamás ocasión á que le castigaran sus gefes, ni cometió nunca ninguna falta de que tuviera que avergonzarse. Siempre el primero en cumplir su deber, pasaba las escasas horas que le dejaban libres el servicio, meditando acerca de su porvenir, fijo su pensamiento en Teresa, cuyo nombre le servía de norte en sus acciones, y á veces entregado á la lectura, afición que se había despertado en Alonso, al paso que iba hojeando algunos libros.

En la revolución de 1854 se batió con la bizarria y el arrojo de un soldado pundonoroso. Familiarizándose entonces con el silbido de las balas, y aunque aquellas sangrientas luchas aumentaron sus inquietudes, aprendió en ellas á arrostrar la vida, esponiendo su felicidad futura por la patria y por el trono que había jurado defender.

Varias veces intentaron sus gefes ascenderle á cabo, pero él rechazó agradecido tal distinción porque no se juzgaba merecedor de ella, y además porque esperaba poder terminar pronto el tiempo de su fatiga, merced á los dos años de rebaja que se concedieron á la clase de tropa después de los sucesos mencionados.

Trascurrió un año más de la cadena que hacía interminable la agonía que el joven experimentaba; lejos de su país natal y del único precioso bien que para él existía en la tierra. Un día recibió una carta del señor Pedro, en que le decía que Teresa desde algún tiempo se hallaba algo enferma. Alonso hubiera preferido que una lanza enemiga le atravesara el corazón, á saber tan triste nueva. Los valerosos soldados que presentan impávidos su pecho al plomo homicida, si alientan á impulso de un corazón sensible, también saben llorar, y el joven dió rienda suelta á sus lágrimas, cuando aquellos que acaso no sabrían comprenderlas, no podían secarlas.

El primer terrible presentimiento que asaltó la mente del joven fué el recordar la existencia de Marigüela al lado de su novia, y las palabras que aquella mujer á quien había rechazado le dirigió al despedirse. Entonces alimentó terribles sospechas, acerca de las malas artes que la hija de su antiguo amo podría emplear contra Teresa, para que obtuviera venganza su orgullo avasallado.

Recordó el anatema que el señor Pedro fulminó contra su hija, al contemplar las muestras de su deshonra, y también el trabajo que un día le costó arrancar la zarza que había enlazado sus punzantes ramas con los tallos de las flores para segarlas.

—Ah! se dijo á sí mismo: ¡por qué no haber podido tronchar de la misma manera que la zarza aquella planta maldita, que acaso estará deshojando la flor de mis amores!

Aquel mismo día escribió una carta á la madre de Teresa, advirtiéndola del peligro que amenazaba á su hija si mantenía trato con Marigüela y no vivía lejos de ella. También advertía á aquella buena mujer, que si necesitaba de algún alivio porque Teresa se empeorara, el señor Pedro tenía en depósito algún dinero que él le había entregado al partir, del cual podía valerse para sus necesidades.

El infeliz, como estaba lejos, ignoraba el aspecto que había tomado el padecimiento moral de Teresa y que era difícil contrarestar. A ser así, no hubiera podido sobrevivir ante la amarga realidad de su situación.

Llegó el año de 1856.

Alonso se hallaba de guarnición en Barcelona.

Aquella población era presa de los horrores de la revolución. Silenciosa como un vasto cementerio se enseñoreaba á las orillas del mar, hirviendo en su seno la lava del desasosiego. Los talleres se habían convertido en depósitos de armas: las azoteas en puntos estratégicos: todo anunciaba desolación y luto.

Era la tarde del 20 de Julio.

Los soldados españoles que no tiemblan jamás, participaban del espíritu de intranquilidad que rei-

naba en la antigua Barcino, porque en pocos días se habían repetido allí escenas de sangre. Los catalanes en el ardor de la pelea, llevan su arrojo hasta la temeridad y no abandonan sus baluartes hasta que vencen ó sucumben, así era que en todos los pechos crecía la ansiedad, porque la llama de aquella hoguera aun no se había extinguido.

Alonso se había batido varias veces con fortuna; pero denodadamente. La obligación de matar le repugnaba, porque es la mas odiosa que existe. Su corazón se hallaba desgarrado por ocultos padecimientos. De una parte le atormentaba el espectáculo que diariamente se ofrecía á sus ojos; por otra recordaba su pueblo adorado, su rústica cabaña, su cielo azul, las ondas del mar, y sobre todo á su querida Teresa; y todas estas lúgubres ideas herían su imaginación, al mismo tiempo que debilitaban su cuerpo el cansancio, la fatiga y el desaliento.

Acababa de entrar de centinela en uno de los puntos mas espuestos de la ciudadela, y sin darse cuenta á sí propio de lo que hacia, paseaba abstraído cantando con voz débil é imperceptible esta copla:

Es amor en la ausencia
como la sombra,
que cuanto mas se aleja
mas cuerpo toma.
La ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.

Una descarga cerrada vino á sacarle de su letargamiento. En aquel instante un secreto presentimiento le asaltó, en medio de la sensación que le produjo la detonación de los trabucos enemigos. Su corazón oprimido le anunciaba alguna desgracia: quiso andar y no pudo porque sus piernas flaquearon. En esto oyó una voz de alerta de un soldado que hacia la centinela en el otro ángulo de la fortaleza. Aquel compañero indicaba á Alonso que se replegara un poco, porque desde una casa contigua hacían disparos, cuyos proyectiles se iban á estrellar á sus pies. El jóven abismado en sus pensamientos no le oyó, y un momento despues un ¡ay! lastimero resonó en el espacio. Alonso había recibido un balazo en un hombro, y cayó exánime bañado en sangre y murmurando con voz entrecortada el nombre de Teresa.

Una hora despues, las tinieblas de la noche habían ennegrecido el cuadro aterrador que presentaba la capital del Principado.

(Se concluirá.)

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

CAPITULO 17....

A la izquierda de mi mesa-escritorio, casi tocando con ella, está el balcón que dá luz á mi gabinete de trabajo.

La casa es limpia, medianamente ancha, un tanto pendiente y por lo tanto abarco un horizonte despejado.

Esto en Madrid es mucho, á mas que mucho.

Pero la tal calle no tiene nada de silenciosa; y como para escribir acostumbro abrir las puertas de cristales del balcón y entornar las persianas, he logrado acostumbrarme á trabajar sin que el ruido me moleste ó distraiga.

Creo que podría escribir tranquilamente en medio de una batería que disparase sin cesar.

Pero si teníamos delante otra, enemiga y próxima, es muy posible que la ortografía padeciese algun percance.

He concluido el exordio.

Estaba la mañana fresca, pero tenía necesidad de trabajar. Hice encender la chimenea y me senté delante de la mesa.

Cuántos ratos amargos he pasado delante de ella, apoyando los codos en su tablero y ocultando el rostro en las manos!...

Espero que aun pasará algunos mas.

Cómo queman al corazón las lágrimas que no hallan salida por los ojos, acaso porque el sentimiento del dolor las formó rápida é inesperadamente como granizada ó tormenta de verano!...

Tenia ya preparados pluma y papel: la idea bullía en el cerebro, me sonreía. Iba á empezar; pero antes quise modelar la forma.

En mi concepto, los primeros renglones de un escrito, son como la nariz de la muger á quien vemos por primera vez, mirándola de perfil.

Dadle una nariz chata y arremangada.

Dadle una nariz foque y apuesto una ilusión, que no es poco para el que tantas *se fumó*, á que vuestra mirada, aunque la empuje la curiosidad, no llegará á la oreja de la interesada.

Necesitaba, pues, dar atractivos á los primeros perfiles de aquella forma y medité, haciendo abstracción de todo cuanto me rodeaba.

Mas de repente me sorprendió una muda explosión de luz.

El sol oculto hasta entonces, había roto violentamente un blanco y denso celage, inundando el vacío con su impalpable presencia.

Mis miradas se dirigieron maquinalmente al balcón.

Fué una desgracia.

En una ventanita de la casa de enfrente, vi una cabeza de muger.

Su mirada se cruzó con la mia.

Yo sentí en el pulso la vibración producida por el choque.

Ah! La traidora tenía una mirada negra y fosfórica.

Llegó hasta mí, que la veía sorprendido; llegó

hasta mí, violenta, deslumbradora, rodeándome como una atmósfera de fuego y me abrasó.

No sé cuantos minutos pasaron; mas cuando intenté darme cuenta de quien era aquella muger... habia desaparecido.

Los retratos fotográficos le producen la reflexion de los rayos de la luz en la cámara oscura, sobre una plancha preparada de antemano.

Es el corazon otra cosa que una cámara oscura?

Es la mirada otra cosa que un rayo de luz?

Preparada de antemano...

Preparado está el corazon para recibir esas impresiones de amor desde que nace uno.

Al abrir los ojos nuestra primera mirada se dirige al cielo.

Pero entre el cielo y nosotros se interpone otro cielo: la mirada, la sonrisa, el semblante de nuestra madre...

Cielo; cielo es, aunque sin coros de ángeles, sin celestes melodías.

Pero la voz de una madre es mas dulce que todas las dulzuras del cielo y de la tierra; y aquella voz dice siempre á su hijo, con el poeta:

Oh! Nunca me desconozcas!

Nunca esquives mis halagos

que instantes fueran aciagos

aquellos de tu desden.

Ahí teneis un poeta ladron: un poeta que ha robado y traducido al habla castellano el corazon de todas las madres que son madres.

No sé lo que iba á escribir: cuando pienso en las madres, recuerdo la mia.

Dios quiso tener un ángel mas y me dejó ¡muy niño aun! con un protector menos.

Mi madre...

Basta! Ningun escritor de profesion debe escribir nunca acerca de su madre!

Hacerlo es, á mis ojos, una profanacion sin nombre: es vender por algunos reales la virginidad del sentimiento mas noble, puro y elevado que ha encendido el soplo divino en el corazon de la criatura.

Decia que el corazon está preparado para recibir las impresiones del amor desde que nace.

Pero el hombre nace dos veces al amor.

Primero al filial.

Despues al de la muger.

Aquel ha inspirado las mas nobles aspiraciones, fortalecido los mas magnánimos instintos, adornado la historia de la humanidad con sus mas sublimes páginas.

Este ha hecho al hombre ladron, cruel, asesino, suicida, fraticida, parricida...

Tambien le ha hecho feliz alguna vez... Ese es el pretesto de su existencia.

Apoyé la pluma en el papel y escribí estas palabras:

Una cacería de patos marinos. El lector no conoce aun esa novela.

Mi amigo Asquerino, director de *La América*, para cuyo periódico la escribí, guárdala, encariñando con ella sin duda, en su cartera ó en su desden.

Esto es un mal para mis acreedores y para el público.

Yo ni entro ni salgo en el negocio.

¿Puede darse mayor abnegacion?

Continúo y prescindo ya de digresiones que perjudican al interés del relato, porque distraen al lector del asunto principal.

(El parrafito anterior vale cualquier dinero).

Doscientas cincuenta cuartillas invertí en la citada novela; y una en la dedicatoria.

D. Juan Eugenio Hartzenbusch me ha dispensado el honor de aceptarla.

No necesito deciros quien es D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Hay nombres privilegiados que significan por sí solos mucho mas que cuanto pudiera decir el mas entusiasta panegirista.

¿Pero cómo escribí aquellas doseientas cincuenta cuartillas?

Sintiendo gravitar sobre todo mi ser, la mirada magnífica, fogosa, tenaz, subyugadora de aquella muger.

Quiero hablaros de su semblante. Decia que lo busqué, pasada la primera impresion.

Habia desaparecido.

Pero estaba grabada en mi corazon: esta frase es vulgar. La he leído en doce mil novelas, leyendas, cuentos.

Pero en esta ocasion es verdadera, muy verdadera.

Por qué lo fué tanto?

Sin embargo, no es fácil describir aquel rostro redondo, moreno, pálido, con cejas y abundantes cabellos de terciopelo negro-mate.

Su hermosura pertenece al género tan vario, que no se define.

Se ve y se siente.

Se apodera del corazon y del alma; tiraniza la memoria y se convierte en una necesidad imperiosa é imprescindible de nuestro ser.

Empieza entonces el amor y brota mezclado con la enredadera de la inquietud.

Voy á abriros el fondo de mi corazon; voy á que os asomeis á él, á que sondeis con el pensamiento sus profundidades.

Despues, miradme á la cara, los que amais sin ser correspondidos, y decidme si no veis en mi frente el prestigio de la corona del martirio.

Todos los dias á la misma hora se abria la ventana, asomaba á ella mi vecina su peligrosa cabeza, dirigia un saludo, algunas señas y una mirada tenaz, perseverante, una de fuego, amor y felicidad á alguien que habitaba en el piso superior al mio, y desaparecia.

Una vez pregunté á las gentes de mi casa.

—A quien dirige esas señas y esas miradas?

—A un novio, me contestaron.

Abierto teneis mi corazon: no mireis mucho tiempo, que el vértigo trastornará vuestras cabezas.

Yo he sufrido mucho en este mundo, pero aquel dolor, como mas lozana espiga del campo de mis desdichas, me punza, me hiere, me persigue sin cesar.

Hay dolores que no postran; pero que no dan tregua.

Hay dolores que como la sangre en las venas queman siempre.

Buen obrero de ellos es el amor.

Enriqueta se acostumbró á verme en aquel sitio: se acostumbró á mi mirada; se acostumbró á mi fisonomía.

Un día la saludé con la cabeza y me contestó con una sonrisa.

Arrojad en el corazón de un hombre enamorado la primera sonrisa que le dirige la mujer amada y buscad si quereis, el medio de apagar después la hoguera que arde con tal combustible.

Pobre Enriqueta! Por qué me sonrió? Aquella sonrisa hubo de costarle mas tarde lágrimas!

Mi fisonomía la fué simpática; le inspiró confianza!...

Ah! la cruel, cómo me martirizó con esa confianza!...

Otro día, al verla asomada á su ventana y al observar que su mirada, después de buscar al objeto de su amor se posaba apagada y triste sobre mí, púseme en pie, marché sonriendo hácia el balcón y la saludé.

Me contestó sin sonreír.

Mi corazón latía apresuradamente en el pecho. Si hubiera hablado la voz me habría temblado en la garganta.

Enriqueta me miró de nuevo y aquella mirada me alentó.

—Le ama V. mucho? le dije en voz lenta.

—Cuánto! exclamó ella juntando las manos y levantando la mirada:

Creí que me habían dado un latigazo en el corazón.

—Y no está! añadí sin saber lo que me decía.

—No! se ha ido! Ya no le veré hasta la noche.

Saludó y cerró la ventana.

—Hasta la noche! Hasta la noche! repetían mis oídos con una voz que parecía formada por el violento hervor de mi sangre.

Pero la voluntad del hombre es poderosa: sacudí el letargo y seguí describiendo la pesca por medio del palangre.

Solo que el ruido de la pluma sobre el papel decía ¡hasta la noche! y mis ojos leían en lo que maquinalmente estaba escribiendo ¡hasta la noche! y los celos añadían sordamente ¡hasta la noche!

Todos los objetos, todos los rumores, la luz, el aire, las nubes, las piedras, todo repetía ¡hasta la noche!

La calentura y el pensamiento me abrazaban el cerebro.

Llegada la noche cerré herméticamente las persianas de mi balcón, y me guarecí detrás de ellas.

El amor me convirtió en espía. A las nueve se iluminó el cuadro de su ventana, y vi que esta, así como la de su amante, se abrían.

Todas mis facultades se encuentran en un solo sentido.

Escuché!...

La voz de Enriqueta, dulce, pastosa; apagada á veces, con notas que la ternura prolongaba en momentos dados y vibraban en mi corazón embriagándolo de amor y llenándolo de desesperación, llegó á mis oídos.

La de su amante era breve, seca, imperiosa. Cuando pronunciaba una palabra de ternura formaba tal contraste con las demás que debían ser un paraíso para Enriqueta!...

Oh! Los celos! Los celos! Quién los define?... Quién describe esa angustia mortal en que nos impregnamos; que penetra en nuestro ser por todos los poros; que inflama el pensamiento y la sangre, y amontona ferozmente, por decirlo así, los latidos del corazón?

Los celos! Se siente esa inmensa pesadumbre, nos doblamos bajo ella; quisiéramos morder y nuestra rabia es impotente... Impotente!...

Hay situaciones en que los tormentos de la muerte son dulces comparados con la existencia.

Y cómo se elude la vida, aferrada esta á un sentimiento centuplicado en intensidad por el dolor!...

Otra noche decía Enriqueta:

—Que si te amo? Que si te amo?...

Cuánto pueden significar esas pocas palabras!... Oh! su solo recuerdo me aterra.

Otra noche hablaban de mí. Con qué ansiedad escuché.

—Quién es? decía ella. Siempre está escribiendo.

—Algun escribiente ó copista, repuso él.

—Imposible! Debe ser poeta!

—Te ha dirigido algunos versos? preguntó el amante con ironía.

—No; pero es muy pálido, se pasa la mano por la frente cuando escribe, mira al frente y le brillan los ojos.

—Será poeta.

—Y debe estar enfermo.

—Por qué?

—Porque hace algun tiempo que su palidez se aumenta cada día; está flaco, ojeroso, impaciente. En sus miradas parece como que brilla un profundo malestar.

Queréis creerlo? Insensiblemente, sin darme cuenta de lo que hacia, caí de rodillas y crucé las manos.

Ella, Enriqueta, me veía morir; pero ignoraba cual era la causa de la enfermedad que me mataba.

Otra noche, la última que tuve valor para oír, dijo él.

—Le quieres mucho?

Enriqueta vaciló antes de contestar.

—Mucho, no; pero le quiero. Está siempre tan triste, tan amable y resignado!

Comprendí que se ocupaban de mí; pero aquel *mucho no*, me hizo un daño horrible.

El corazón es egoísta: profundamente egoísta é injusto.

Le quiero, dijo; y no temblé de gozo. *Mucho, no!* Y estas dos palabras me causaron un dolor horrible.

Así se pasaron dos meses.

Una mañana del mes de Mayo, verdadera mañana tibia, pero no perfumada, de primavera, estaba

yo asomado á mi balcon, pensando en Enriqueta.
Eran las seis.

Maquinalmente fijé la mirada en su ventana: estaba allí, silenciosa, contemplándome con vivo interés.

—En qué pensaba V? me dijo dulcemente.

—En usted! la dije.

Recuerdo que no esforcé la voz; pero qué hubo en ella, en mi mirada, en mi rostro?

No lo sé, pero Enriqueta palideció intensamente y se retiró.

Era muger: era muger y habia adivinado.

Era un infortunio que ella no podia mitigar.

No la volví á ver en muchos dias: su ventana permanecía inexorablemente cerrada.

Era para morir! Creí que iba á volverme loco! Tal era la intensidad de mi pasion.

Hace quince dias recibí una carta en estos términos.

«Dentro de algunos dias sabrá V. que me he casado con el hombre á quien amo; con el que espero y deseo ser feliz.

«He vivido pura de alma y de pensamiento y ningún remordimiento agota mi conciencia.

«Pero soy supersticiosa.

«¿Puede ser venturosa la union de una muger, cuando esa union ha sido tal vez maldecida por un hombre que sufre?

«Oh! No me maldiga usted! No destruya usted la felicidad de mi vida! Yo soy la causante; pero no la culpable de los tormentos que usted sufre.

«Dígame V. que no maldecirá mi matrimonio!... Dígame usted que me cree inocente del mal que le he causado!... Pude yo preverlo? No, porque lo habria evitado.

«Si mañana le veo á usted, trabajando como trabajaba antes de que mi hermosura le robara la paz del alma, creeré que usted me ha perdonado, y tranquila y confiada en el porvenir contraeré lazos indisolubles con el hombre que amo.

«Quiera el cielo que el afecto de este hácia usted y el mio, sean un bálsamo para su atormentado corazón. — ENRIQUETA.»

Mi sangre y pensamiento se habian paralizado: quedéme sin voz, sin lágrimas, sin fuerzas. Debo creer que no cesé de vivir, puesto que hoy escribo estas líneas.

Sin embargo, jamás he leído ni oído hablar de un dolor semejante al que sentí.

Y es que el límite de los sentimientos los marca cada cual segun la intensidad de los suyos.

El placer mata.

El dolor no.

Luego el dolor carece de límites: puede ser el mas feroz de todos los sentimientos.

Al dia siguiente la ví en su ventana: llevéme las manos al corazón en señal de paz y cerré los ojos.

Sentí que Enriqueta me bendecía en el fondo de su alma y me pareció que mi frente y la atmósfera se refrescaban.

Dos dias despues la ví salir de la iglesia, seguida de muchas personas.

Todos los semblantes espresaban una viva ale-

AGOSTO.

gría. No quise que Enriqueta me viese y entré en el templo; estaba oscuro.

El ruido de las ruedas de los carruages que se movian me indicó que los nuevos esposos se alejaban de la iglesia llevándose mi felicidad.

—Mi pensamiento se extravió.

Quise hablar y no hallé palabras en mi garganta; quise orar y mi pensamiento me negó toda oracion; quise alejarme y me faltaron las fuerzas.

Caí de rodillas: caí desplomado, yerto, aniquilado: sentia frio en el cuerpo, en el corazón y en la mente.

Pero lloré.

Lloré mucho tiempo.

Luego pude orar.

Hablé y le pedí á Dios el olvido.

Terminábase en aquel momento el santo sacrificio de la Misa: era un oficio de difuntos.

—*Requiescat in pace!* dijo el sacerdote.

—*Amen!* contestó el ayudante.

—Aquí yace un amor! murmuré lentamente.

Volví á casa; llovía; tomé la pluma y escribí la última cuartilla de *Una cacería de patos marinos*.

Si yo pudiera olvidar como el director de *La América* ha olvidado aquel manuscrito!....

Esperemos!

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

LAS ALMAS GEMELAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

Pocos dias despues, de vuelta de un paseo que acababa de dar para distraer á Arturo, el conde se encaminó á ver á Carlota, á la que visitaba con la mayor etiqueta desde su llegada á Roma.

Al subir á la casa se adelantó uno de los criados á recibirlos.

—Señor conde, le dijo haciendo una profunda reverencia; su excelencia la señora, nos ha dejado el encargo de entregar esta carta al señor conde, y de conducir á su casa en un carruaje al señorito Arturo.

—Cómo! qué decís? replicó el conde como asustado. Decís que os ha dejado?... pero á dónde fué?

—Lo ignoro, Monseñor; es decir, lo ignoramos, porque el ama... ya sabeis, es curiosa como un marido viejo, y sin embargo lo ignora tambien.

—Pero la habeis visto salir? estais seguro?

—Cómo! vaya si lo estoy! La señora me entregó esta carta para Monseñor, dándome de palabra el encargo del señorito, y se entró en un coche negro,

con una especie de sacristan, que.... vamos, juraré que ha ido á alguna novena.... pero no leéis Monseñor?

Y el mozo entregó al conde la carta, que aquel en su aturdimiento no habia tomado todavía.

Arturo no acababa de comprender aquellas palabras; pero para el conde todo se habia concluido.

Tomó pues la carta, pálido, frio, tembloroso, y la leyó al galope, porque nada nuevo podia ya encontrar en ella mas que una calle, un nombre.

Decia así:

"Cuando recibais esta estaré ya en la santa casa de religiosas Premostratenses que elegí para mi retiro.

"Como al entrar en este asilo, puerto de refugio á donde me acojo de las borrascas de la vida, no he pronunciado voto alguno, pues basta mi propósito de acabar aquí mis días; no se hará en la casa funcion alguna para solemnizar mi entrada, por lo que podeis venir con mi Arturo mañana á las diez al locutorio.

"Venid, amigo mio, ahora me siento ya fuerte para llamaros, venid."

El conde tomó de la mano á Arturo y volvió con él á su casa, donde le explicó entre lágrimas y sollozos la pérdida que acababa de experimentar, prometiéndole consagrar su vida á procurar la felicidad del que desde aquel momento iba á llamar *su hijo*.

Al dia siguiente al salir del locutorio de las Premostratenses, el conde entró con Arturo en una silla de posta, en la que iba á emprender su viaje por Suiza y Alemania.

IV.

LA CAIDA DE LAS HOJAS.

And weep not my maidens free
If death your mistress borrow,
For he for whom j'die to day
Shall die for me to morrow.

WALTER SCOTT.

El convento de religiosas Premostratenses donde se habia retirado Carlota, era una de esas moradas encantadoras que solo se hallan en las Mil y una noches, y que suspenden el ánimo con sus deliciosas armonías y sus cándidos goces.

Por eso la novicia que entraba en aquella casa, no habia ejemplar de que hubiese vuelto á salir; tan dulce, tan encantada era aquella mansion de paz, que unas cuantas mujeres habian convertido en un paraíso.

Patios enlosados, bellos jardines adornados de cristalinas fuentes y magníficas esculturas que en vez de representar á Diana ó á Neptuno como en el siglo profano, representaban cándidas vírgenes ó graciosos querubes. Todo en aquella mansion respiraba paz, religion, olvido del mundo y cercanía del cielo.

Nadie ignora la secreta influencia de las simpatías, y que las mas veces toda nuestra existencia

va encadenada á una mirada que nos seduce, ó á una desgracia que nos conmueve; esta mirada ó este infortunio, nos atan al carro del destino, y caminamos forzosamente adelante sin que esté en nuestra mano detenernos, ora atrevesemos fértiles y risueñas praderas, ora una senda sembrada de abrojos y sinsabores.

Las fuentes de toda simpatía generosa son el amor y la caridad.

Entre las religiosas que rodeaban á Carlota habia una linda y jóven como ella, y que como ella llevaba impreso en su pálida frente ese sello particular del sufrimiento, arruga singular, que se estiende ó se dobla á medida de las emociones que experimenta el alma, sello invisible para los necios y los afortunados, y que solo se ostenta claro y luminoso para la vista perspicaz de los que padecen.

Las dos jóvenes se divisaron apenas, cuando extendieron los brazos para abrazarse y echaron ambas á llorar.

"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados."

Desde aquel dia Carlota y Gabriela Mardú habitaron una misma celda, y no tuvieron mas que un pensamiento y una voluntad.

Es verdad que la superiora no hubiera permitido nunca que dos religiosas profesas ocupasen una misma habitacion, pero Carlota era una señora rica á la que era preciso cuidar, y esta habia tenido buen cuidado de elegir á Gabriela para que la asistiese, afectando no tener otro motivo que la gran semejanza que encontraba en aquella religiosa con una hermana suya.

En un convento es siempre temible dar la preferencia á una religiosa sobre otra, y mucho mas cuando la preferida es jóven y bonita.

Sea efecto de la casualidad, ó mas bien de la larga lucha que venia sosteniendo con tanto valor, Carlota cayó en un estado de languidez, mucho mas terrible, cuanto que como hemos dicho ya, hacia algun tiempo que sus fuerzas se habian ido debilitando por grados.

Entonces fué cuando se dejó ver con todo su esplendor la simpatía que habia unido aquellas dos mujeres. Para Gabriela no hubo de dia ni de noche hora de descanso, su único afán era proporcionar á Carlota cuanto deseaba, cuanto podia hacer asomar á sus labios delgados una dulce sonrisa.

Carlota por su parte, mimada, acariciada como un niño enfermo, se acostumbró de tal manera á la compañía de Gabriela, que pasaba las horas enteras contemplándola, examinando su fisonomía para encontrar en ella una nueva perfeccion, y poco á poco casi odiaba ya á todas las demás monjas, porque venian de vez en cuando á distraerla y hacerla apartar por algunos momentos los ojos de su querida amiga.

Una de las noches que Carlota velaba, observó que Gabriela arrodillada ante una imagen del Salvador oraba con fervor, y sacaba de vez en cuando un objeto de debajo de su escapulario, que acercaba cariñosamente á sus labios, volviéndole á ocultar en seguida.

Carlota observó entonces que había demasiado dolor en aquellas facciones, que de aquellos ojos dulces salía un rayo velado por las lágrimas, y que Gabriela se parecía en un todo á una de esas *Marter dolorosa*, cuya triste belleza nos conmuevesiempre y nos encanta.

Entonces, con esa intuición que Dios ha dado algunas veces á los enfermos, con esa libertad que tienen siempre los que sufren para dirigirse á los demás, Carlota se incorporó un poco en el lecho y dijo con la mayor naturalidad.

—Estoy triste.... háblame de mi hijo, Gabriela.

Gabriela se puso en pié como si hubiese sentido una víbora bajo su planta.

—De tu hijo?... yo?... si.... dijo balbuceando.

—Sí, de mi hijo... tú debes saber hablarme de mi hijo como yo quiero que me hablen.

Gabriela ni siquiera opuso resistencia á aquello que ella tomó por revelación divina, se acercó al lecho, tomó las dos manos de Carlota entre las suyas y murmurando con voz ahogada:

—Calla!... calla!.... que me pierdes; las paredes oyen.

—Sí, pero dame ese objeto que besabas hace un momento.

—Aquí? imposible!.... mañana le verás.

—Mañana!.... bien.... mañana iremos al jardín.... ¡Cuán torpe soy que nunca supe traducir ese rayo de luz y lágrimas que sale de tus ojos, y que dice á los que saben amar: *soy madre*.

—Silencio por Dios! volvió á murmurar Gabriela cubriendo con sus manos la boca de Carlota, cuyo aliento abrasaba.

—Y sabes por qué lo adiviné, mi pobre amiga?

—Por qué?

—Porque voy á morir.

—A morir! repitió Gabriela sobresaltada.

—Sí, á morir! Gabriela.... tú sabes que no tengo secretos para tí.... me creía fuerte y soy débil.... había encontrado el alma compañera de la mía.... era libre.... si no me hubiese retirado aquí, tal vez hubiera cedido á la tentación. Por cumplir con un escrupuloso deber de conciencia, dejé á mi hijo sin madre, y desde entonces, Gabriela me siento morir!

Gabriela fingió sonreírse, como quien está escuchando una quimera.

—Oh! sí, estoy muy segura de ello; yo caeré con las hojas, Gabriela.... por eso quiero antes de morir oír tu historia de goces ó de lágrimas, y dormir en tus brazos para despertar en los brazos del Señor.

—Eso es un sueño triste y nada mas, Carlota, un sueño de enfermo.... tú vivirás para ver á tu hijo, para volver con él al mundo, para ser feliz.... sí, feliz, porque no te liga un voto.

Carlota pareció entonces tranquilizarse, y se durmió soñando con la mañana siguiente.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

A LA DISTINGUIDA ESCRITORA, SRA. D.^A MARIA DEL PILAR SINUES

DE MARCO

EN PRUEBA DE AMISTAD.

Si del vergel de Flora recogiera
Preciosos ramos de encantadas flores,
Y á tus plantas con ellas estendiera
Tierno tapiz de vívidos colores,
Esa ofrenda de aprecio pobre fuera,
Aunque rica en balsámicos vapores,
Para *aquella* que ciñe en su alba frente
La corona del genio omnipotente.

No de la brisa el perfumado aliento
Que agita lisongero la laguna,
Ni del cantor canoro el blando acento
Que en el espacio su concierto aduna,
Podrán decir en plácido concento
De tus cantos, Señora, nota alguna;
Porque el ave á sus sonos enmudece;
Calla la brisa, y escuchar parece.

Sublime y majestuosa acorde lira,
Si pudiera ensalzar tu claro nombre...!
Pero yo, triste vate, que suspira
Sin un reflejo de saber, que asombra
La densa niebla que flotante mira
En torno de su frente sin renombre,
Cantar no puedo en plectro diamantino
La gloria de tu genio y el destino.

....Y arde mi frente.... y á su ardor la impía
Parece que huye de mi sien cansada....
Imágenes evoca con porfía....
Es esta inspiración? Es la increada?...
Parece que, al huir la niebla umbria,
Mi alma se engrandece entusiasmada....
Cantaré al fin?... Cantemos, pobre vate;
En tí ya un mundo de conciertos late.

Dulce y serena, amante y misteriosa,
Cual luz fecunda que de Oriente sube
Colorando en su ascenso de oro y rosa
El blanco velo de ligera nube,
El *Eterno*, la vista esplendorosa
Apartando un momento del querube,
En tu frente posó llena de amores,
Un círculo formando en sus fulgores.

Tú con mano segura, y palpitante
Por mística emoción el noble seno,
Grabaste en una página brillante
Tus votos al Señor, de orgullo ageno.
Tu ofrenda de alabanza resonante,
El ave murmuró so lo terreno,
Calló despues; y el éter silencioso,
Un suspiro de amor guardó afanoso.

Y aun estaba el cincel tu sentimiento
Trazando entre mil chispas de diamante,
Cuando vago y tristísimo lamento
Tu alma estremeciera penetrante.
No tan ardiente el ábrego violento
La espiga azota que creció arrogante,

Cual ese acento leve y dolorido
Tu pecho conmoviera en su sonido.

No era el aura sutil y placentera;
No el ondoso bullir del claro río,
No el cántico del ave pasajera
Resbalando en el cóncavo vacío:
Era, sí, la *Criatura* que en la hoguera
De infausta corrupcion, con fiero brío,
Sus sentidos y sangre enardecia....
Y despues suspirante se rendia!....

Tú la escuchaste! en el crisol del alma
Formáronse dos lágrimas de fuego,
Que robando del seno dulce calma,
Tus ojos anublaron con su riego....
No como en el desierto altiva palma
Desprecia en su vigor del aura el ruego
La tristeza te halló; cual mariposa,
Cabe á la hoguera fuistes animosa.

En tus manos la lira recogiendo,
Tambien allí cantó bella plegaria;
Y al par que sus acentos esparciendo
Ibanse por la vega solitaria,
La lumbre corruptora, en ira ardiendo,
Los brazos agitaba funeraria....
Al fin desapareció; y al bien extraña,
Hundióse del averno en la honda entraña.

El corazon latió con nueva vida
Sus impuras pasiones arrojando,
Cual cráter que revienta la escondida
Ardiente lava en su furor bramando.
De virtud en la senda apetecida
Vehemente se lanzó la paz llevando....
Y tú se la otorgastes con tu acento,
Despertando su nobie sentimiento.

Aun resuena del alma en lo profundo
Tu voz consoladora dulcemente,
Guardando de tu genio tan fecundo
La caridad sagrada y eminente.
Sí; que para ahuyentar el vicio inmundo
Que acecha el corazon del inocente,
Siempre acatando del *Señor* el fallo
Ofreciste al monarca y al vasallo.

....¿Es el ángel de Dios que á tí viniere
Con rápido volar desde su estancia,
Aquel que con amor de amor te hiere,
Al Eterno llevando tu alabanza?....
¿Es el ángel de Dios el que profiere
Dulcísimas palabras de esperanza
En tu oído afanoso, y por consuelo
Tu lira las repite en este suelo?....

Y ¿es el pobre cantor el que se atreve
Cantar del genio la fecunda llama,
Cuando solo admirar y callar debe
A la voz majestosa de tu fama?...
¿Es él, quien á tu acento se conmueve,
Y en sus cantares plácido te aclama
Por hermana del hombre y tierna amiga
Que sus pesares, con amor mitiga?....

Sí: él es, y te ofrece en sus albores,
Ya que no inspiracion bella y sonora,
Preciosos ramos de encantadas flores
Para ceñir tus sienas. El te implora,
Que cuando con laureles te decores

De Minerva en el templo seductora,
No marchiten los láuros de tu Oriente,
La mas pura en color, la mas ardiente.

SERVANDO MARASSI Y GRANADOS.

NARRACION ÉPICA.

LA RENDICION DE GRANADA.

POR

JUAN MIGUEL ARRAMBIDE.

PREÁMBULO.

La guerra de Granada tan célebre en acontecimientos heróicos; tan rica de gloriosos recuerdos; tan sobresaliente por sus hazañas; por sus rivalidades y competencias; terminó en fin, cediendo al poder y al esfuerzo castellano á que se sometieron sus ilustres y desgraciados defensores.

Continuas y sangrientas oposiciones; falta total de recursos; socorros perdidos; agotamiento de medios, y la suma debilidad y descrédito de su jefe, la llevaron al doloroso extremo de una sumision vergonzosa que prefirieron á una tenaz y desesperada resistencia.

Corria ya el primero de Enero de 1492, y despues de repetidas cuestiones y encontrados pareceres, se comisionó al anciano y respetable visir Abuc-Cazim-Abdelmelic, para que saliese á proponer capitulacion á los cristianos, que admitida por los reyes católicos, y concertada por Gonzalo Fernandez de Córdoba y su secretario Hernando de Zafra, se llevó á efecto al día siguiente, en la forma y órden que se describe en la siguiente composicion, cuyo asunto está tomado de las obras clásicas y crónicas que tratan de la materia, ocupando un lugar tan eminente en el catálogo de las que se refieren á la dominacion de los árabes en España, hasta su mas gloriosa y cumplida restauracion.

Ya la enseña de Islan desde la almena
Do Mahomet el Bermejo (1) la mostraba,
De ilustres hechos y laureles llena
Y en Comares radiante flameaba,
Que en ocho lunas rechazó serena
El constante valor que la asediaba,
Rindió su esfuerzo y su poder ufano
Al poderoso imperio castellano.

Tramas y competencias y traiciones;
Fatídicos desvelos, esperanzas
Y contiendas perdidas, corazones
Entregados á el odio y las venganzas;
Depresion de las bélicas acciones
En continuas revueltas y mudanzas,
Cercaban ya, cumplido su destino,
Al malhadado solio granadino.

(1) Mahomet el Bermejo: uno de los primeros reyes de Granada y de los que mas la engrandecieron.

Y el tímido Bohabdil (1) dobló la frente,
Y de rabí primero al cuarto día (2)
Viendo el temido anuncio ya patente
Del hondo mal que el misero sentia,
Llama y convoca su agitada gente;
Y el áulico consejo presidia
Compuesto de visires y valies,
De sus sabios emires y faquies.

Su triste situacion, y el rudo encono
De la contraria suerte les presenta,
Que agobia al pueblo, y que deprime al trono,
Y aquella turba inerme se amedrenta,
Con voz turbada, con amargo tono
El mal pondera y el peligro aumenta,
Y es su resolución que nunca abate
Ceder ó perecer en el combate.

Un sepulcral y aterrador desvío
Fué el fruto de esta regia conferencia,
Que en vano con su ardor y noble brío,
Quiso animar de Musa (3) la presencia:
Todo el consejo pálido, sombrío,
Del Zogoibi (4) se pliega á la obediencia,
Y todos temerosos se postraron
Y una honrosa avenencia concertaron.

Abdelmelic, visir de gran valía
Se decidió partiese, y al cristiano
En nombre de Abdallah que allí regia,
Le ofreciese el convenio soberano:
Y llenando con noble bizarría
Esta digna mision que aceptó ufano,
Fernando é Isabel lo recibieron
Y cumplida lealtad le prometieron.

Gonzalo y Zafra en ademan guerrero
Seguidos del visir en la ancha torre
Penetran de la Alhambra, y placentero
El menguado adalid, activo corre
A tratar su dominio postrimero:
Todo lo cede; todo lo recorre;
Su palacio de perlas (5) poderoso,
Su régio trono y su divan precioso.

El consejo con ánimo deliente
Al doloroso pacto resignado,
Escuchaba sumiso y reverente
En su oprobioso y miserable estado:
Culpa á el hado de injusto é inclemente,
De tirano, cruel y despiadado;
Vuelos los ojos al Genil querido,
Y al Dauro perezoso y reducido.

Cuando el altivo y arrogante Musa,
Que en su esfuerzo y las armas confiaba,
Aquel convenio misero rehusa,
Y con aire arrogante despreciaba
La tímida reunion, que vió confusa,
Y en mentida humildad se prosternaba;
Y el almaizar ufano y animoso
Al brazo rodeó, y dijo airoso:

(1) Boabdil, Abu-Aldallah, último rey de Granada.

(2) Primero de Enero de 1492.

(3) Musa, gran visir, hermano del rey Boabdil.

(4) Zogoibi, apodo que le pusieron al rey los astrólogos: quiere decir, el desventuradillo.

(5) El palacio de las perlas: así llamaban á la Alhambra.

"Perros, viles, villanos y traidores;
Los que temeis verter la sangre impia;
Los que apelais á fieros vencedores
En este aciago y malhadado dia;
Venid, yo os reto á todos, impostores;
Gente avezada á la maldad sombría;
Probareis mi valor y mi pujanza
En el seguro bote de mi lanza.

"¿Creeis que el vencedor fiero, orgulloso,
Deponiendo su rabia y su recelo
Será fiel al contrato, y generoso
Prodigaré la dicha y el consuelo?
Sangre, Muslimes, quiere cauteloso,
Sangre, que correrá por nuestro suelo;
Y elevará con su villana mano
De su poder el predominio insano.

"Vuestras huries tristes, aherrajadas,
Y en la profanacion mas vergonzosa
Serán á su furor sacrificadas
Como trofeo de su rabia odiosa:
Y en vuestros cuellos fijas sus espadas
En actitud horrible y pavorosa,
Antes que el rudo golpe ó el amago
Sufriréis la ruina y el estrago.

"Quedaos para morir, que yo animoso
Me basto solo á contrastar la tierra;
En este suelo lóbrego, espantoso,
Que cobardes y pérfidos encierra:
Halle en la sumision el vil reposo
El que al nombre de esclavo no se aterra,
Que yo, sobre los lomos de mi alfana,
Mi libertad adoro soberana" (1).

Volvió amenazador; salió rugiente,
Y lejos de la torre de Comares,
Armado de su peto reluciente
Y de su aguda lanza, los pesares
Llevó en su rabia altiva é inclemente,
Hasta arrostrar la furia de los mares;
Y al Africa apartada y arenosa
Legó sus hechos y su vida honrosa.

Y el sol de Enero en la celeste esfera
Derramaba su luz, y los cristianos
En formacion vistosa y placentera
De la vega marchaban por los llanos;
Gefes, en su belígera carrera,
Llevan los estandartes castellanos;
Y al estridente son de los clarines
Llenaban de Granada los confines.

De fiesta ataviados y briosos
los caballos piafaban: los ginetes
Cubiertos con sus cascos belicosos,
Con templados y recios corseletes,
Con esforzado orgullo y ardorosos
Siguen á las bombardas y mosquetes,
En repetidas salvas saludando
El triunfo de Isabel y de Fernando.

Y Pulgar y Leon; de los donceles
El noble Alcaide; é ínclitos varones
Con ordenadas lanzas siempre fieles,
Ostentaban sus timbres y blasones;
Y Aguilar y Chacon, con sus laureles

(1) Histórico.

Ornan de sus batallas los pendones,
Y en su arrojo, valor y lozanía
El ánsia de lidiar los conducía.

Y entretanto salía apresurado,
Y de la Alhambra por la férrea puerta,
El menguado Boabdil acompañado
De activa cabalgada: vió disuelta
Y esparcida su hueste, y despedido
Siguió en su alfana intrépida y resuelta,
Y encontró al rey Fernando con Tendilla,
Y á sus valientes tercios de Castilla.

Y el destronado Abdallah rendido,
De su túnica negra (1) ataviado
Y el almaizar de púrpura ceñido,
Con la toca nevada, reclinado
Ante el monarca insigne que sentido
Los brazos le tendía al desdichado,
Con eco doloroso y balbuciente
Le dijo así, sumiso y reverente.

"Tuyos somos, señor; tuyo es el reino;
Tuyos son sus palacios, sus primores;
Que así lo quiere Alah; y que sea eterno
Tu triunfante dominio entre sus flores;
De la victoria con amor paterno
Usa, señor, templando tus rigores;
Mientras yo pobre, mísero y vencido
Mi trono lloro y mi poder perdido."

Dijo; y siguiendo la pradera herbosa
Fué á saludar la reina de Castilla
Que en su linda hacanea presurosa
Llegaba por los campos de la Armilla;
Y risueña, apacible y cariñosa
Consoló al triste rey, que en su rencilla
Al alto de Padul llegó impaciente
Do lo esperaba su afligida gente.

Y tornando la vista vió á Granada
Cual leve exhalacion que lleva el viento,
Reina del mundo ayer, y hoy aherrojada:
Y en el polvo postrado, sin aliento
"¡Dios es grande!" exclamó: y Aixa (2) inmutada,
"¡Llora como mujer, con rudo acento
Le dijo; ya que inerte tu persona
Defender no ha sabido tu corona."

Y Boabdil cabalgó, y en su carrera
Con el fino acicate hirió á su alfana
Con tan recia pujanza, que la fiera
En la peña grabó brava y lozana
Su luciente herradura; y altanera
Siguiendo su correr con furia insana,
Entre las quiebras del vecino monte
Se ocultó trasponiendo el horizonte.

Y en tanto, con notable maravilla
Los ricos hombres, tremolar miraron
La roja insignia que elevó Tendilla
Y en la soberbia Alhambra colocaron;
Y doblando gozosos la rodilla
La grandiosa conquista publicaron;
Rodando de Ismael hasta el profundo
La media luna que asombraba al mundo.

(1) Túnica negra: traje de ceremonia de los reyes árabes.

(2) Aixa: Sultana, madre del rey Boabdil.

REVISTA DE MADRID.

Un problema.—Observaciones.—Recuerdos de nuestra madre Eva.—Delacion de contrabando.—Consecuencias.—Algo del arte culinario.—Tumbos y traspieses.—Rios de doble efecto y obras sin efecto doble.—Virtudes de las honduras.—Madrid en el aire.—Abuso de volar.—Verbenas, buñuelos, flores y pinchazos.—Descripción.—El tío Vivo, matando el sentido comun.—Un salto atrás hacia el día del Corpus.—El Corpus en Madrid.—Lo que ha sido este año.—El Tivoli, la Santa Infancia y la condesa de Via Manuel.—Una noche en el Tivoli.—Volcanes humanos.—Incidentes del calor.—La Ugalde.—Esto es asarse.—Cinco mugeres..... para mí.—Adios.

Si yo fuese mujer, lo natural seria que empezase esta *Revista* por el fin ¿no es verdad?

Así al menos cumpliría con las leyes sacramentales de mi sexo y nadie tendria por qué chistar. Però siendo hombre!

¿Qué diria el mundo, la sociedad, de esta falta tan garrafal de sentido comun?

Que Eva no anduvo derecha en la cuestion de la manzana, cosa es que de sabida se calla.

Y aquí se me salta sobre el papel una pequeña duda capaz de alarmar á un jorobado.

Eva no anduvo derecha; luego anduvo torcida.

Y de esta torcedura que tanto ha hecho bramar al género humano, fué de lo que Eva debió tomar pié sin duda para alargar la mano al compadre Adán.

Cosa, que como hecha por un contrasentido, no pudo menos de resultar *contrahecha*.

Lo cual fué bastante para que la pobre humanidad quedase desde aquel momento jorobada.

Porque bien sabido es que un contrahecho es un jorobado.

Y la madre Eva no tiene por qué quejarse de haber sembrado en campo de sal esta abultada semilla, porque hartó la prodigan sus hijastras para con los pobres hombres.

De lo cual deduzco una consecuencia, que á ocurrirme al salir de Gibraltar, de fijo que el resguardo la declara género de comiso, por el tinte contrabandista que ostenta.

La mujer es la última propiedad del hombre y el primer enemigo de la sociedad.

Mas claro:

La mujer es el primer contrabandista de la creacion.

Y aquí del resguardo.

Eva transmitió su alma á la mujer.

Alma que, condenada por Dios al trabajo y las miserias, quedó naturalmente convertida en una cosa informe é imperfecta.

Lo informe, científicamente analizado, se parece mucho á una joroba.

Ergo, la mujer, por mas que no quiera, lleva desde aquella época el sello de una fatal deformidad.

Todo lo que se oculta es contrabando.

La mujer lo hace así con su alma: la mujer, por lo tanto, es el primer contrabandista de la creación y la última propiedad del hombre.

De aquí el que nunca ande derecha y el que sus actos sean mas torcidos que los ojos de un chino, ó que los brazos del Guadalquivir de Sevilla á Sanlúcar.

Lo cual hará comprender fácilmente á mis lectores, los poderosos motivos que me asisten para empezar esta *Revista* por su lado mas derecho ó sea por su verdadero principio.

Razones que trae como de molde una idea alimenticia que no puede menos de hacer honor á mi talento culinario.

Una mesa bien servida, es siempre la apoteosis del anfitrión que la pone.

Nada, pues, tendria de particular que sirviéndola al revés, los convidados tuviesen el capricho de solicitarla al derecho.

Idea que, desleída en un cuartillo de sentido común, me obliga naturalmente á ser un anfitrión digno de mis convidados.

Es decir, á servirles una mesa con principio y ainda mais con su respectivo postre.

Pequeño rasgo de egoismo, que si nada tiene de esquisito, cumple al menos con una buena condicion, cual es la de endulzar la boca de algun pequeño mal gusto que la insulsez de los manjares pueda haberle ocasionado.

Este ligero empacho de confituras, me hace rodar inadvertidamente de dulce en dulce, hasta los adoquines de Madrid.

Es cierto que los merengues son mas blandos que ellos y los confites mas redondos; pero como yo soy amigo de golosinas, me conformo con mirarlos y esclamar entre suspiros: —¡Si al menos fuésemos peladillas!

—Y para qué? esclamareis sin duda.

—Sencilísima es la respuesta: para que las calles quedasen desocupadas en menos tiempo del que he tardado en pensarlo.

¿Sabeis vosotras lo que es Madrid cuando hay un espectáculo gratis?

Y sobre todo, lo que seria cuando este gratis fuera para comer?

De fijo que el Ayuntamiento no tendria mucho que hacer para encontrarse las calles mas limpias que una fuente y mas secas que las cañerías de Madrid, destinadas de ha seis años á conducir el agua de Lozoya que tiene la humorada de irse por otra parte.

Esto al menos, es de un mérito superior á todo encomio.

Eso de que un arquitecto haga una casa y los inquilinos tengan que vivir en la calle, no le ocurre á nadie mas que al Lozoya y á los españoles.

Sin embargo, la verdad es que algo se ha conseguido, si no todo.

En Madrid nos abramos. Pero en cambio nos consta que hay un río que una vez en las puertas se entierra en los profundos, para deslizarse por donde mejor le parece.

Consecuencia hidráulica y moral de esto:

Las calles están socabadas hasta el punto de que las casas hayan quedado como las grullas, sobre un pié solo para que el Lozoya se deslizase por las cañerías y alimentase á los pacíficos habitantes de la capital.

Pero esto no ha podido ser; porque al Lozoya no gustándole enterrarse en vida, se dijo:—á otra parte con el agua—y se fué tocando tabletas como mujer calabaceada por el novio.

Ahora bien: como en Madrid hay gentes caritativas que no pueden soportar que el dinero se gaste en valde y las obras queden inútiles, al ver el coquetismo del Lozoya, debieron hacerse esta humanitaria reflexion:—el Lozoya no quiere alimentar á los habitantes de Madrid, prestándole su líquida frescura: sustituyámosle nosotros alimentándonos con ellos y dejando completamente líquidas cuantas gabetas hallemos á la mano.

Y así fué: con toda la frescura que el Lozoya debió haber traído, se colaron hace dias tres de los citados individuos por el seco alcantarillado; anduvieron á su sabor, rodearon calles, traspasaron encrucijadas y por último, se detuvieron en la calle Mayor, debajo de la casa perteneciente al capitalista Sr. Murga. Una vez allí, asaltaron el entre-suelo por medio de una escala; pasaron por un lugar que solo á ellos podia ocurrírseles: abrieron luego una puerta que daba á un escritorio: estrajeron de él tres mil duros y despues de dejar sobre la mesa algunas monedas de dudosa legitimidad, se largaron con tanta calma, como si hubiesen entrado en casa propia.

La policía no ha dado con ellos, ni es probable que dé ya.

Y como hace tanto calor démonos un pequeño chapuz de moral en el seco cáuce del Lozoya, y continuemos nuestra sustitucion por el alcantarillado, mientras al río le dá la gana de venir.

Una de estas últimas noches una tienda de importancia fué tambien asaltada por los sustitutos del Lozoya, que la hubieran dejado en cuadro, á no tener que ponerse en fuga por sospechas de que los habian sentido.

Ved, pues, la delicia de un estado semejante, solo por el raro capricho de un ingeniero que hace mal una cama para un río, y de un río que viendo los colchones rotos, mete la cabeza por las roturas y se vá por ellas, como alma que lleva el diablo á espaldas.

Sin embargo, como dije antes, no todo se ha perdido.

Si sobran los ladrones en los lugares destinados para las aguas, en cambio faltan las aguas donde no existen los ladrones.

La deduccion de todas estas cosas puede hacerse pensando que el agua del Lozoya se escurre por las profundas cavidades de Madrid, lo cual es un consuelo en estacion tan calurosa, puesto que trae á la imaginacion un no sé que de frescura, que lo deja á uno mas fresco que un vaso de horchata mezclada.

Aunque es lástima que no todos tengan esta

fresca mania y rabien como si tuvieran los enemigos en el cuerpo.

Hace dias, una mujer como de unos 60 años, habitante de una casa inmediata al teatro de las Urosas, abrió una ventana del piso que habitaba, que lo era el tercero; se subió sobre ella y ¡zas! como si hubiese tirado un costal de trigo, se arrojó al patio, quedando cadáver en el acto.

Este suceso produjo, como era de esperar, una verdadera revolucion en la casa.

Los vecinos empezaron á gritar: la gente á acudir y los comentarios á sucederse sin interrupcion.

Un anciano que habitaba el sotabanco y que estaba postrado en cama, halló medio de enterarse de lo ocurrido por un espectador.

Este, con esa buena fé con que en Madrid se abulta todo, debió pintárselo con los vivos colores de una imaginacion meridional: el anciano entonces empeoró de tal manera, que viéndose en peligro de muerte pidió los últimos sacramentos que le fueron administrados en el acto.

En cambio de estas desgracias, que nada tienen de particular, y que son como el prólogo de las que restan por referir y que tienen mucho, abramos el libro de las verbenas de S. Juan y San Pedro, y busquemos el capítulo que trata de lo que pasó en ellas.

Las verbenas en Madrid tienen un carácter tan especial, tan raro, tan heterogéneo, tan fenomenal, que estoy seguro habeis de perdonarme os las describa, si bien tan someramente como el corto espacio de que puedo disponer me lo permite.

Los verbenas, talmente dichas, pueden clasificarse en dos clases á saber: en campestres y ciudadanas.

Las campestres tienen su asiento fuera de puertas, empezando el dia de San Antonio en el paseo llamado La Florida, por lo cual toma el nombre de *San Antonio de la Florida*.

Mi popular amigo Trueba ha hecho célebre esta velada y este sitio con sus deliciosos romances, insertos si mal no recuerdo en la mas bella de sus obras, en el *Libro de los Cantares*.

Las verbenas ciudadanas tienen carta de vecindad en el Prado, en la calle de Alcalá, en la de Santiago y en otra porcion que no recuerdo.

Pero las mas concurridas son las del Prado y á esas vamos á ir todos del bracero.

En el momento que el sol se pone y la noche abre sus brazos para lanzar en su seno el escándalo y la perdicion, un diluvio de gente se encamina al paseo llamado el Dos de Mayo, donde *el Tío Vivo* hace cabeza de este pandemonium nocturno, verdadero aquelarre de gente capaz de divertirse en la boca de un cañon cargado de lepra y metralla.

Esta es la primer velada ó sea la verbenas de San Juan.

Unámonos con la multitud y entremos en ella.

El calor es sofocante: el Prado salta de gente: en el Dos de Mayo no puede darse un paso.

Pero nosotros daremos todos los que tengamos por conveniente

Ahí teneis al Tío Vivo.

Este es un señor que se ha hecho tan popular en Madrid como el Lozoya, de quien todo el mundo habla, pero á quien nadie conoce.

Su ocupacion consiste en ganar sendos cuartos con cuatro columpios, que dando vueltas al rededor de un palo que sirve de eje y de cuya parte superior penden otros cuatro de los cuales cuelgan los columpios, son capaces de estropear las cabezas mejor organizadas, aun cuando sean las de las mismas Gorgonas.

Dos de los columpios figuran caballos y los otros dos cunas ó pequeñas canoas.

Estas, sin duda alguna, son las preferidas.

Allí un robusto soldado de caballería frente á frente de una risueña, alta, fornida y jadeante asturiana, la dá á cada vuelta un corto pechugazo ó un furtivo apretón: allá un par de chicos gritan que se las pelan para que paren los caballos porque sus cabezas les auguran van á perder los estribos: aquí; un terceto de aguadores calientan la cabeza con su—fria... como la nieve, fria:—allá las vendedoras de vinos falsificados, aturden con su horrible vocinglería y por último: una música... pero ¡qué música, señores; propiedad del Sr. Vivo, mata el deseo de oirla un solo instante, porque ella sola bastaria á matar la inteligencia al mismo Paganini, caso de escucharla un solo instante.

Todo lo demás se reduce á calderas con aceite hirviendo, donde sin interrupcion se echan pequeñas piltrafas de masa, que al sacarlas parecen tiras de cordoban de zapatos viejos. A esto se le llama buñuelos.

El olor, por lo tanto, vuelca á media legua.

Al lado de estas pequeñas estufas de emanaciones anti-salutíferas y lo mismo á su frente multitud de mesitas de anchura y estatura homeopática, ostentan, unos pedazos de papel mascado, á los que seguramente por mofa dan el nombre de rosquillas: otras, botellas de limpio cristal encerrando dentro agua de la fuente del Berro, cada una de su color y con su correspondiente *fé de bautismo*: Noyó.—Rom.—Marrasquino.—Jamai-ca etc: y no ponen Chipre, Madera y Priorato, porque seguramente ignoran estos nombres; y por último, las demás con unas cortezas de árbol seco á que llaman bizcochos, y que de comerlas sin agua, corre un peligro de tragarse la campanilla con el primer bocado.

Lo único que abunda y de lo que se hace mas gasto, son las flores.

Esto es lo que se llama una Verbenas y precisamente lo que han sido las de San Juan y San Pedro.

Por supuesto, todo ello amenizado con sus correspondientes navajaditas, pues funcion sin toros, no es funcion completa.

En la de San Juan hubo su pequeña escaramuza; y en la de S. Pedro una tremenda navajada, que un postillon de diligencias tuvo la humorada de regalarle á un cajista de imprenta, el cual daba á las pocas horas poquíssimas esperanzas de vida.

Esto se llama hacer las cosas con lujo.

Y ya que he dado este saltito hácia atrás, bueno será os diga algo del Corpus de este año, que si alguna *sol-ennidad* tuvo, fué la de hacer un sol que ni en los desiertos de la Arabia, ó en las soledades del Egipto.

Desde muy de mañana, ya las calles empezaron á llenarse de damas y galanes, de soldados y curas que, con sus vestidos nuevos y flamantes y sus fracs y negros pantalones los unos: sus bordados uniformes y ricas sobrepellices ó capas pluviales los otros, tenían las calles que era un gusto de Dios el verlas, y que bien se podía decir de ellas habian echado el resto con sus pañitos de cristianar.

Un toldo suspendido por cuerdas atadas de balcón á balcón prestaba á la carrera una sombra de treinta y dos grados de frescura, si bien suficiente para asar un camello en tres minutos y diez y seis segundos.

A las once la comitiva se puso en marcha atravesando las calles de Atocha, Príncipe, Carrera de San Gerónimo, Puerta del Sol y calle de Carretas, cubiertas todas por las tropas de la guarnición.

Rompía la marcha un piquete de municipales á caballo, tras de los cuales iban los pobres de San Bernardino, los del Hospicio, los muchachos de diferentes establecimientos de caridad, las congregaciones de las parroquias con sus correspondientes pendones: el Sagrario, los miembros de algunas corporaciones, los alabarderos y por último, un regimiento de infantería que creo fuese el de América.

Ahora bien, en otras partes habrá mas compostura, mas lujo, mas aparato, mas ostentacion que en Madrid; pero á pobreza, irreverencia, falta de decoro y ruindad, dudo que gane á esta ninguna procesion del mundo.

Una custodia, quince ó veinte estandartes y otros tantos pendones ó sean mangas de parroquia, como aquí las llaman: ved la procesion del Corpus en la coronada villa.

Por eso ahora, soltando por el calor las mangas de la parroquia, voy á refugiarme en casa de un sastre á fin de que eche unas bocamangas de rubor al espíritu del Ayuntamiento, por ser este el color que mas cuadra á quien viste de limosna á un día, el mas solemne y brillante del año.

Aunque bien veo que el Ayuntamiento puede contestarme ahora, endosándome un rasgo de astronomía que me rasgue de arriba abajo:

—Amigo mío, la procesion podrá haber estado todo lo mal que á V. le dé la gana; pero lo que es á brillante, creo difícil haya ninguna en Europa que haya brillado mas.

—Brillar? V. se burla sin duda, señor alcalde.

—Yo burlarme? Pues qué ¿brilla acaso poco una procesion alumbrada por un sol que parecia un diamante, y que arrojaba en su brillo un calor de treinta y seis grados sobre cero?

—Ah!

—Venga V., pues, á la cárcel, á fin de que en adelante no levante calumnias á ninguna ilustré corporacion.

Este rasgo humorístico de astronomía, puesto

AGOSTO.

por el alcalde á treinta y seis grados sobre cero, me empieza á sofocar de tal modo, que olvidando las mangas de la parroquia y las bocamangas para el Ayuntamiento, me precipita abrasado en la calle de la Montera, ó sea entre las mangas de las señoras que allí pasean, y donde en vez de adoquines se pisa plomo derretido, á costa de lucir unos vestidos que harian honor á unas cuantas hijas de la poética Alcarria.

Otros años despues de la procesion las mujeres se han apresurado á bajar á la carrera y allí lucir los mas bellos y vaporosos trajes que la moda ha santificado: pero en este, ha sido tal la escasez y el mal gusto de ellos, que no parecia sino que se habian puesto de acuerdo para hacer esta última mueca al ilustre Ayuntamiento, y probarle de este modo que ellas saben honrar al que las honra y no al que prepara procesiones del género tan al por menor, en una capital como la del oso y el madroño. ¡Qué lástima que no hubiérais aparecido por aquí en aquel momento un centenar de todas vosotras, para que hubieran visto lo que es sencillez, elegancia, buen gusto y sobre todo, lo que por esas tierras se llama buen trapío!

Sin embargo, no todo esto es aplicable al sexo madrileño en particular, porque entre él hay muchísimo bueno y rebueno, sino al sexo del día de Corpus en general, que con tan poco buen gusto vistió de rigurosa gala. Y ved como esta consideracion femenina me lleva bajo los volantes de un buen deseo hácia las elegantes de Madrid, que en estos calurosos dias han poblado los jardines del Tívoli, el Circo de Mr. Price y el elegante coliseo de Jovellanos. Todos los años por este tiempo, la Condesa de Via Manuel que parece llegada al mundo con la sola mision de ejercitarse en la caridad, acostumbra á dar un par de fiestas campestres, aunque á módico precio, con objeto de atender con ello á los gastos perentorios de muchos de los necesitados que tiene bajo su amparo.

Así, pues, este año la costumbre se ha puesto en práctica, y la caridad se ha ejercido con esa esplendidez con que en Madrid se hacen estas cosas.

Todo lo mas selecto, lo mas elevado, lo mas elegante se encontraba allí.

El talento, la belleza, las artes, la posicion, la opulencia, tenían sus representantes, sin que se hiciese notar la falta de ninguno, por la afluencia que en el espacioso recinto se agrupaba.

El Tívoli es un jardín que sin tener nada de particular, es sin embargo muy bonito y sobre todo muy fresco, por estar situado delante del Retiro y en lo mas alto del Prado, entre el Museo de Pinturas y el obelisco del Dos de Mayo.

Los frescos vientos del Guadarrama, acarician las copudas crestas de sus árboles.

A las diez y media de la noche ya estaba todo lleno.

El calor era sofocante.

¡Ya se vé! los rayos despedidos por los hermosos ojos de aquellas mujeres habian apagado por completo los de las mas brillantes estrellas: las brisas parecian asombradas de aquellos blancos trages.

que ni se atrevían á rozar, temerosas acaso de que descompuestos, se evaporasen como las gasas de la mañana al abrir las puertas al sol del nuevo día.

En este momento una magnífica música hirió el silencio de la callada noche, cayendo en los corazones como un rocío bienhechor, capaz de calmar todos los dolores creados.

Y es que entre todas las sensaciones de la vida, no creo haya una que despierte en el alma el deseo, la inspiración, la melancolía, que los acordes de una música en medio de una soledad, rebosando de mujeres con blancos trajes, aéreos, ondulantes, fantásticos, tentadores, ligeramente iluminados por los tibios resplandores de miles de luces venecianas perdidas como ténues luciérnagas en las floridas enramadas y cobijadas bajo un cielo tranquilo y sereno y acaso, acaso, en toda la omnipotencia de su hermosura.

La sinfonía gustó extraordinariamente.

Era la de Guillermo Tell.

Poco despues empezó la esposicion de cuadros disolventes, que si no de un mérito especial, cumplieron con su cometido, que es cuanto se les podía exigir.

En ellos hicimos unos cuantos viages de esos de los cuentos fantásticos, que á haber sido verdad no nos hubiera pesado por cierto.

Ahí está un paisaje con su casa rústica, sencilla y blanca como una paloma: un riachuelo cruza por un florido lecho de flores: mas allá, árboles de caprichosas formas perturban la severa alineación del horizonte: el sol acaba de sepultarse, cubriendo los objetos de un vago tinte de carmin y grana: magnífica y soberana soledad para reposar al lado de un primer amor. Así al menos la tengo soñada para el ángel de mis amores.

Pero ¡ah! ¿qué es lo que sucede ahora? El paisaje empieza á perderse como si una pesada niebla cayese sobre él: la casa se está convirtiendo en una cascada; el riachuelo en un sendero: los árboles en pequeñas colinas: la claridad de la tarde en las sombras de la noche: la luna ilumina este paisaje; digno albergue es sin duda para llorar la despedida del postrer amor.

Sin embargo, aun no se ha perdido todo: aun tras este aparece otro y otro á cual mas bello, mas poético y mas encantador.

Los cuadros acaban de disolverse.

La música vuelve á amenizar la pequeña transición.

A poco los juegos pirotécnicos empiezan á llenar el recinto de luz, de globos de fuego, de caprichosas y rápidas estrellas apenas lanzadas cuando ya estinguídas, concluyendo por un globo con luces de Bengala, que alzándose magestuosamente por la vacía bóveda, va á perderse entre las sombras de la noche que acaban por envolverle completamente.

Otra sinfonía.

Segunda esposicion de cuadros, si bien representando ciudades, ruinas y monumentos en vez de árboles, campos y colinas.

Un diluvio de bellos cromatopis de mil colores, girando al compás de la música y deslumbrando la vista, como pequeños discos de un sol brillante y abrasador.

Piezas escogidas de música.

La luz Isabela que impensadamente dejó todo como en mitad del día.

Piezas escogidas de música.

Y por último, fuegos artificiales terminados por la luz de Bengala: hé aquí á lo que se redujo la benéfica y caritativa función.

Reciba por ello la señora condesa de Via Manuel mis mas cumplidos plácemes; y bien seguro es que si las plegarias de los necesitados llegan á los pies de Dios, pocos seres cruzarán por la tierra que arrastren tras sí las bendiciones y las lágrimas de efusión que la señora condesa de Via Manuel, á quien sin duda plugo á Dios revestirla con todos los atributos de los ángeles.

Dícese que se dará otra función análoga; pero se ignora el día.

¿Y cómo no ignorarlo, si el sol ni deja siquiera disponer del aliento?

Por eso no hay persona que hallándose con unos cuantos reales en el bolsillo, no haya dicho—de Madrid me salgo— y por lo tanto tomado el portante mas que á paso de la encorbatada capital.

Los reyes ya están en la Granja, despues de haber concluido su religiosa promesa de visitar once templos por la salud del tierno príncipe de Asturias, y tras los reyes, como es natural, han salido las personas á quienes su posición ó sus cargos no les permitían hacer otra cosa.

Es un calor este, que deja frios los desiertos de la Arabia.

Así es como las desgracias originadas por la fermentación de la sangre, se suceden con lastimosa rapidez.

En Manzanares el calor ha ahogado á siete infelices.

Hace pocos días un vendedor de hortalizas en la plazuela de la Cebada, dió tres puñaladas á un barrendero, por una leve incomodidad.

Poco despues se verificaba una pequeña batalla en la calle del Pez.

Un soldado de cazadores de las Navas, despues de haber regalado á una criada dos bofetadas y tres pinchazos con la bayoneta, echó á correr, hiriendo de paso á un municipal que le seguía, hasta que fué detenido por un empleado del resguardo.

Entonces un curioso cojiendo una piedra le deshizo la cara con ella dejándole casi exánime. Pero poco despues, levantado por algunos veteranos todavía pinchó á otro con la bayoneta, de la que al punto fué desarmado y conducido á lugar seguro.

Todo esto lo hizo el amor.

El amor es un infortunio.

Sin embargo, ninguna de estas cosas impide en Madrid que la gente siga su curso ordinario de diversiones y placeres.

Así es como á pesar del calor, el teatro de Jovellanos sigue atrayendo una escogida concurrencia,

que no se cansa de aplaudir á la célebre cómica francesa la Ugalde.

Su figura es simpática: cuerpo pequeño, facciones algo abultadas: figura distinguida.

Hace noches representó la Galatea.

El público la llamó al final de los dos actos, obligándola á repetir el famoso brindis del segundo.

Así que, revolviendo en la Puerta del Sol todas estas cosas, se podría hacer la mas solemne fritada que de las bodas de Camacho acá hubieran contemplado ojos humanos.

Y como la tinta acaba de secárseme como si la la hubiera chupado un vampiro, doy fin á mis tareas, enviando un suspiro á Puerto Real, donde una *María*, una *Julia*, una *Asuncion*, una *Lucila* y una *Natalia*, estarán dando envidia á las mismas hadas del paraíso.

Ay! si fueran mias!...

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

POSDATA.—El embarazo de la Reina ha sido anunciado oficialmente.

Así es, que la gente que con tan fausta noticia fué á la Granja bien por curiosidad, bien por ofrecer á los Reyes sus respetos, no puede calcularse.

Y era natural.

Se anunciaban tres dias de regocijos públicos y esto sobra y basta para la gente de Madrid.

Ahora bien, si se han llevado ó no chasco, eso ellos lo dirán.

Lo mas notable que hubo, fué la corrida de aguas de las fuentes.

A las seis, poco mas, poco menos, un murmullo sordo y prolongado anunció como el eco de una vibración entre la apiñada muchedumbre, que SS. MM. acababan de aparecer en los jardines.

Efectivamente, las esperanzas no quedaron defraudadas.

SS. MM. y el tierno Príncipe de Asturias empezaban á hacer lo que en estilo de Corte se llama la PROCESION DE LAS FUENTES.

La Reina vestía de rosa y blanco con un magnífico aderezo de gruesas perlas en el cuello, y una diadema de lo mismo en la cabeza.

La Infanta Isabel iba en traje de corte con falda y manto azul, tachonado de estrellas de plata.

El Príncipe de Asturias de blanco.

Y el Rey de capitán general.

La comitiva era numerosa, contándose entre ella á la Duquesa viuda de Alba, Marquesa de Malpica, Condesa de Lucena, Marquesa de Alcañices, Vizcondesa de la Armería, Duque de Bailen, General Lemery, Duque de Ahumada y otra porción que nos es imposible recordar.

El banquete no estuvo tampoco menos concurrido.

Los personajes que asistieron á él estaban colocados del siguiente modo:

A la derecha de la Reina:

El infante D. Francisco, señora del embajador de Francia, presidente del Consejo de Ministros, señora del ministro de Austria, el confesor de la Reina Padre Claret, señora del ministro de Mari-

na, encargado de negocios de Prusia, ministro de Hacienda, intendente de la real casa, gentil-hombre de servicio, comandante general de la provincia, general ayudante de guardia, jefe de parada, mayordomo de semana y mayordomo mayor.

A la izquierda:

El nuncio de Su Santidad, camarera mayor, ministro de Austria, señora del ministro de Hacienda, patriarca de las Indias, dama de guardia, ministro de Fomento, general Zabala, director de Sanidad militar, gentil hombre de servicio, mayordomo mayor de la infanta Doña Amalia, gentil hombre de lo interior, de guardia, y mayordomo de semana.

A la derecha del Rey:

La infanta Doña Amalia; embajador de Francia, condesa de Lucena, ministro de los Estados Unidos, camarera mayor de la infanta Doña Amalia, ministro de Marina, señora del comandante general del sitio, general Urbina, encargado de negocios de las dos Sicilias, introductor de Embajadores, gentil hombre de cámara del infante Don Francisco, ayudante de órdenes del Rey, jefe de la escolta, mayordomo de semana y general primer ayudante del Rey.

A su izquierda:

La infanta Doña Cristina, su aya, ministro de Estado, marquesa de Alcañices, ministro de Gracia y Justicia, señora del ministro de los Estados Unidos, ministro de la Gobernación, comandante general de Alabarderos, general Hoyos, general O'Donell (D. Enrique) gobernador de Segovia, oficial de Alabarderos y mayordomo de semana.

Hé aquí á lo que se han reducido los regocijos que se habian anunciado.

Por lo demás nada de particular ocurre, á no ser el descenso repentino de diez grados de calor, que indudablemente ha de producir alteración en la salud.

Sin embargo, yo hasta la presente, sigo sin novedad.

VALE.—MOBELLAN.

ALEGRÍAS DEL CIELO. (1)

I.

Estaba triste mi alma,
Triste como hogar desierto,
Que no brillaba aquel día
El sol dorado en el cielo,
Ni entonaban sus cantares
Los pájaros en los huertos.
—Subamos, dije, subamos
A la cumbre de aquel cerro,
Y en pos de aroma y cantares
Y luz y ambiente sereno,
Tiende desde allí, alma mía,
Por la inmensidad el vuelo.—

(1) Esta composición y otras de igual género que iremos publicando sucesivamente, pertenecen á un librito inédito titulado *Los tomillares*.

Estaban los tomillares
De florecillas cubiertos,
Y al sol de Dios que asomaba
Por el azul firmamento
Alzaban un dulce canto
Los pajaritos parteros;
Pero seguía mi alma
Triste, como hogar desierto!

II.

Repicaban, repicaban
Las campanas á lo léjos
Como diciendo á los tristes:
"Las alegrías no han muerto:
El que las perdió en la tierra
Las encontrará en el cielo"—
Crucé valles y colinas
De santa esperanza lleno,
Buscando el templo mis ojos
Y el cielo mi pensamiento.
Campanas que me llamásteis,
Que me llamásteis al templo,
Decid á las almas tristes
Las alegrías que os debo!
Cuando torné á mi morada
Cruzando valles y oteros,
Tras los montes de occidente
El sol estaba muriendo,
Pero encerraba mi alma
Las alegrías del cielo.

ANTONIO DE TRUEBA.

AL DULCE POETA

DE LAS FLORES

DON JOSÉ SELGAS.

¿Qué es el vago sentimiento
Que me inspira tu poesía?
Es la dulce simpatía
Que enternece el corazón,
O es el recuerdo distante
Que dentro del alma vive
Y nuevamente revive
Al modular tu canción?

Cuando tu voz melodiosa
Eleva mágicos cantos,
Bellos, puros, leves, santos
Cual trinos del ruiseñor,
Me parece que tus ecos
De encantadora ternura
Armonizan su dulzura
Con mil endechas de amor.

Tú le cantas á las flores,
Y son las flores mi esencia:
Tú proclamas la inocencia
Y yo adoro su virtud.
Canta, canta, que tu acento
Es arpegio bendecido,
Por las auras recogido
Del seráfico laud.

En tus comentarios suaves
Hay algo de vagaroso,

De elevado, de grandioso,
De sentido, de ideal;
Y por eso le prodigas,
Sin hacer al mundo agravio,
Toda la miel de tu labio
A la vida vegetal.

Dulzura solo derramas
En el seno de las flores,
Dulzura que, sin temores,
Quiere la abeja libar:
Dulzura que destilada
En el cáliz de la rosa,
Es la esencia deliciosa
Que llega lenta á embriagar.

Dulzura y solo dulzura
Tu noble decir inspira:
Dulces sonos de tu lira
Viertes á raudales mil.
Por eso dulce poeta,
Brotó bella tu poesía,
Cual brotan en solo un día
Las amapolas de Abril.

Aquí: en distantes montañas,
Entre la brisa marina,
Guarda siempre Victorina
Un eco de tu canción:
Eco blando que repiten
Las flores, el mar, el viento;
Eco leve, tierno, lento,
Un eco del corazón.

VICTORINA BRIDOUX Y MAZZINI DE DOMINGUEZ.

REVISTA DE TEATROS.

La última crisálida del Balon ha producido una compañía mista de la que hacen parte en lo dramático el Sr. Orea, y en lo lírico la Felisa Hernandez, Rizzo, Escrivá, y aun se anunció que Becerra, si bien tenemos entendido que quedó en dicho. Como todos estos artistas son ya conocidos aquí, y ninguno de ellos ha dejado de alcanzar aplausos en estos teatros, resulta que por las señas el Balon está en uno de aquellos momentos en que puede rehacerse, máxime contando como cuenta con dos poderosos auxiliares, la bella Luisa Medina y Ambrosio Gonzalez, bailarines ambos de notable mérito que no ya Cádiz, sino España entera conoce y aprecia.

De las tareas que en aquel teatro acaban de inaugurarse nos iremos ocupando oportunamente, y en tanto fuerza nos es dar un salto al Principal, donde ya mejorada la Sra. Solera, se ha podido poner en escena *La loca de Edimburgo*, la cual ha correspondido en efecto á las esperanzas concebidas, si bien entendemos que su éxito habría sido mayor todavía si se hubiesen ocurrido algunas observaciones que mas abajo enunciaremos.

Para principiar ordenadamente lo haremos por el anuncio.

¿Qué quiere decir una *ópera lírico-dramática*?

Francamente, no lo sabemos, porque creíamos que una ópera no puede dejar de ser ambas cosas, y si nó no es ópera; así como creemos que dándose el nombre de bronce á una aleacion de cobre y estaño, si no hay estaño y cobre no hay bronce. Resulta de nuestra creencia que *ópera lírico-dramática* quiere decir en rigor ópera que es ópera. Este es uno de los casos en que lo que abunda daña.

Ya hemos dicho en otra ocasion que *La loca* es una traduccion mas ó menos libre de *Las prisiones de Edimburgo*, ópera italiana de Ricci, ejecutada en este teatro hace ya no pocos años. En su argumento, como en el de las mas, no se hila delgado en punto á disparates, y eso por su misma generalidad ya no se estraña. Digamos algunas palabras de él.

Allá en una época que por las trazas del vestido debiera ser contemporánea de Carlos V ó cosa tal, habia en Escocia un rey, y este rey tenia un hijo calavera, que escapándose de su palacio hacia la vida de contrabandista ó acaso de pirata en compañía de una tropa de tunos, corriendo borrascas por aquellos mares y cazando gangas por aquellas costas. En una de sus expediciones habia enamorado á una muchacha llamada Elena, abandonándola despues, y mas tarde vió allí mismo y se enamoró de otra, con quien se casó segun parece y de quien tenia un pequeño fruto de bendicion. Su nombre era Ida.

Elena abandonada y con otro fruto, se habia vuelto loca, y en su delirio hizo perecer á su propio hijo; pero á falta de tal roba á Ida el suyo y se lo lleva á su cabaña. No sabemos por qué, el niño muerto se supone ser el de Ida, y sabemos todavía menos el por qué, acusan del crimen á su misma madre, á quien prenden y conducen á las cárceles de Edimburgo, donde es juzgada por un número de jueces tal, que bien habria con él en España para tres ó cuatro audiencias en pleno. Pero á pesar de ser tantos, á ninguno se le ocurre que lo primero que debiera hacerse era el identificar el cuerpo del delito, en cuyo caso aquí habria terminado la ópera, segun se verá despues. Sin pruebas pues de ninguna especie, y solo por ser Ida la madre del niño, circunstancia que entre gente racional debiera ser poderoso indicio de inocencia, la condenan á muerte, dejándola nosotros por ahora con su desazon, para decir algo del bolonio del rey y del badulaque de su hijo.

El primero apenas se enfada contra el segundo por sus fechorías, aunque sí contra sus cómplices masculinos y femeninos á quienes quiere hacer ahorcar, lo cual no impide que Tom, el principal de ellos, y una especie de contramaestre tosco y semi-bárbaro, entre y salga en la real cámara, y bulla y rebulla delante del rey de su corte cual si estuviese en su propia casa. Allí se cuela tambien á poco la loca, y se sienta en el suelo, y grita y se enfurece, sin que todas las finjidas carocas del príncipe logren sacar de ella si fué ó nó la que asesinó al niño. Se oye una campana, el rey sale llevando de la mano á Ida para conducirla con la mayor galantería al suplicio, la torre de la prision está

ardiendo, y en lo alto de ella la loca, que ya está cuerda, descuelga con una idem dentro de un canasto al niño de Ida, diciéndole allí unas palabras habladas con acompañamiento de orquesta, pero palabras que ni nosotros ni nadie comprendió. Todos se arrodillan dejando que la otra se queme como pueda, y cae el telon. Lo que despues sucede entre padre, hijo, nuera, contrabandistas armados, tropa, jueces y pueblo de ambos sexos, eso el autor lo sabrá: nosotros no podemos decir mas sino lo que allí pasa.

El Sr. Sanchez Albarrán, en la traduccion ó arreglo, ha hecho un trabajo de conciencia, si bien habria convenido el que descargase algun tanto el original en gracia siquiera de la temperatura del teatro.

La música es muy buena, especialmente la de algunas piezas, y ha sido muy bien desempeñada. La Sra. Solera y la Srta. García han tenido mayor ocasion de conquistarse aplausos, y en efecto los han recibido muy unánimes. En su duo y en el hermoso final del segundo acto se ha hecho salir á los artistas.

Ha vuelto á ponerse en escena el D. Crispin. Esto ha dado ocasion á los aficionados al celeberrimo buñuelo para que se estasen ante las cultas y delicadas alusiones que la cancion encierra. ¡Pobre buen gusto! ¡Pobre arte!

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

El calor es insoportable, y convierte toda ocupacion en un verdadero martirio.

Las mugeres arreglan necesariamente su trage al grado de temperatura que hoy nos rige, y aquellos se componen de telas lo mas ligeras y lo mas diáfanas posibles.

El calzon pintado y el *maro* de las damas de la isla de Pascuas nos parecerian muy suficiente cosa si no se opusieran á ello nuestras costumbres.

Pero me preguntareis; ¿qué vestido es ese? Voy á decíroslo.

Las mugeres de la isla de Pascuas, que está situada en la Oceania, se hacen desde las caderas hasta las rodillas no mas ciertas pinturas, que de lejos producen esactamente el efecto de unos calzones.

El *maro* es poco mas que un cinturon. Ninguna otra cosa llevan.

Este modo de vestirse, si es que puede llamarse tal, seria seguramente muy cómodo; pero las parisienses no son bastante *salvages* para adoptarlo. Por otra parte, fuerza es confesarlo, eso parecería estremadamente *Shocking*, como dicen las inglesas.

Contentémonos pues con nuestros abanicos; pongámonos á la sombra, y que las que pueden hacerlo vayan á zambullirse en las ondas del mar estos son los mejores medios de combatir el calor.

En lo que concierne á nuestro equipo, confiemos á Mme. Alexandre Ghys el cuidado de confeccionarnos trages tan aéreos como encantadores. Pidamos á la casa Violdard sus espléndidos chales de encage, que permiten á la brisa jugar entre sus finas mallas; escojamos en fin en los santuarios privilegiados donde la moda exhibe sus magnificencias y sus coquetos caprichos aquellas cosas que mas deben contribuir á embellecernos.

Puesto que acabo de nombrar á Mme. Alexandre, daré algunos pormenores sobre los modelos de trages que he visto en su casa recientemente.

Un traje de barege azul celeste de dos naguas.

La primera estaba guarnecida de un volante de veinte y cinco centímetros de alto. La segunda tenía solo un plegado.

Corpiño escotado. Talle redondo. Mangas anchas guarnecidas de un plegado.

Otro modelo.

Traje de organdí, de fondo sembrado.

Tres volantes en la falda, despues seis órdenes de pequeños bullones.

Mangas de tres buches, graduados en anchura.

Corpiño escotado. Fichú Luis XIII, igual al traje.

Tercer modelo.

Traje de muselina de seda lisa color de malva.

Trece volantes en la nagua.

Al pié de cada volante un pequeño terciopelo negro llamado *Tom-Pouce*.

Corpiño montante, fruncido.

Mangas con un bullon estrecho y un volante alto.

Cuarto modelo.

Traje de barege verde azoff.

Tres volantes en la falda; todo al rededor montantes colocados en escala y compuestos de nueve volantes cada uno.

Corpiño escotado, de espalda plana, cogido con broche ó presilla y abierto.

Mangas hendidas, poco largas, y rodeadas de dos pequeñas guarniciones.

Muchas enaguas de trages estaban plegadas con gruesos pliegues huecos al rededor del talle.

En este momento los trages blancos, los de organdí, muselina de seda, barege y piqué inglés, abundan en casa de Mme. Alexandre.

Esta ha dado á los trages-túnicas en piqué un género con todo el sello aristocrático de un traje de corte.

La túnica es muy larga ó ilustrada con una orla tambien de piqué ó con ricos adornos de pasamanería. A veces la falda de debajo es de otro color que la de encima. Por ejemplo, azul sobre blanco ó mahon sobre azul.

Con los corpiños escotados, los canesús de tul, de muselina, ó los pequeños fichús de capricho Luis XIII, María Antonieta, etc., están mas de moda que nunca.

Ya lo he dicho y lo repito, el fichú es frecuentemente de la misma tela que el traje.

Los sombreros no experimentan en cuanto á su forma ninguna trasformacion importante. Voy á

describir, sin embargo, tres de Alejandrina.

Primer modelo.

En paja de arroz, con mazorecas de rosas y encage negro. El bavolet y las bridas son de tafetan rosa. Las barbas de encage están retenidas de trecho en trecho sobre la copa por una rosa.

En el interior del ala hay un bandó de blonda negra plegada y dos pomponcillos de rosas.

Sgundo modelo.

En crespon malva. Un velillo de blonda blanca se revuelve sobre el fondo y forma paños á uno y otro lado. A la izquierda del ala hay dos ramos de violetas colocados casi al borde por arriba y por abajo.

Tercer modelo.

Sombrero de tul blanco, fondo bullonado. Una especie de banda atraviesa el ala y se termina en largas bridas, que no escluyen las de cinta. Se las enlaza sin formar roseta.

Al lado izquierdo adorno de rosas: bandó de las mismas al interior.

Algunos sombreros de paja llevaban rosas amarillas: en uno de ellos estas flores se mezclaban con rosas negras.

Esto es original y distinguido.

MME. JULIETTE LORMEAU.

PRODUCTOS INDUSTRIALES.

JABON MÁRMOL.

Nuestro periódico, que no solo tiene por objeto el agrado, sino tambien la utilidad, consagra, como es sabido, una seccion, de sus cuadernos mensuales á la economía doméstica y al arte de cocina, y no por eso cree rebajar su importancia, antes juzga enaltecerla, toda vez que no ha de considerarse de menos interés la receta de una buena sopa de tortuga que la confeccion de un traje de organdí. A fuer de repertorio de entretenimiento y conveniencia, *La Moda* debe ofrecer á todos el aliciente especial que han menester, y eso es lo que procura, en la seguridad de que periódicos de su especie solo pueden tener vida y perpetuarse no limitándose al estrecho círculo de una sola materia, sino abrazando las mas que les sea posible.

Bajo el punto de vista pues de la utilidad y hasta de la economía doméstica, vamos á llamar la atencion acerca del jabon mármol de los Sres. Macarro y compañía, producto de esta provincia, y que obtuvo medalla en la esposicion de objetos de la misma verificada en el año próximo anterior.

De él se han ocupado ya todos ó casi todos los demás periódicos de la plaza, encomiándolo, en nuestro entender, con sobrada justicia. Su color blanco de mármol, su tersura, su homogeneidad y su consistencia ofrecen, entre otras ventajas, las de no manchar la ropa con materias colorantes, no deteriorarla con la aspereza de los cuerpos estra-

ños procedentes de sustancias no disueltas, que se hallan en los demás jabones de esta especie común; además de que siendo, según se ha dicho, de una consistencia grande, se gasta mucho menos de él que de otro; lo cual produce una economía muy positiva, puesto que en productos de esta especie no basta calcular lo que por ejemplo cuesta una libra, sino lo que de esta libra se consume. Solo así puede establecerse una comparación exacta.

En todo esto hablamos por la experiencia de personas competentes en la materia, y á las que, siendo además desinteresadas, debemos dar y damos en efecto completa fé. Añadiremos que según la opinión de los autores que tratan de química industrial, el jabón completamente blanco y compacto, que es el más puro y menos alcalino, conviene mejor que los otros para el lavado de telas finas, como muselina, batista, encajes, etc. Esta es la opinión de Mr. Girardin, persona tan distinguida en la ciencia.

Este producto procede de la fábrica del Carmen en Jerez de la Frontera, la cual tiene su despacho en Cádiz, calle de la Amargura número 43, sitio conocido por el nombre de Esquinas de Porriño.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de muselina blanca con doble enagua, estando la segunda abierta por delante en forma de túnica. El adorno de ambas consiste en buches, bajo los cuales pasa una cinta azul celeste rodeándolos de encaje: monillo redondo, liso, con un buche figurando tirantes, por delante y detrás, y otro igual alrededor del cuello siguiendo por delante hasta abajo: mangas anchas con el mismo adorno y un lazo abajo. Sombrero de crespon blanco con un velo de blonda y adornos de gros de Nápoles, azul celeste: en el interior del ala por delante *bandeau* de blonda negra rizada. A la derecha rosas de Bengala. Guantes maiz.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de gros guarnecido de pequeños volantes: monillo liso, alto y sin cotilla: mangas anchas con dos buches arriba. Cuello de encaje y buches muy anchos de tul bordados. Manteleta-chal de gros bordada de canutillo y encajes de guipure. Sombrero de crespon verde *Azoff*, cayendo á la derecha una especie de banda ó tira de crespon rodeada de encaje negro y sujeta de trecho en trecho por broches de azabache: en el interior del ala, ple-

gado de crespon y blonda negra. Guantes maiz. Sombrilla marquesa verde con volante forrada de blanco.

TERCER FIGURIN PARA NIÑA DE CINCO AÑOS.

Vestido de foulard verde y blanco con dos enaguas rodeadas de terciopelo negro: monillo cuadrado adornado de terciopelo: mangas de dos volantes. Camiseta de muselina plegada y mangas blancas bordadas. Pantalón blanco ricamente bordado, lo mismo que la enagua blanca. Sombrero de paja á lo espigadora adornado de terciopelo negro y rosas.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

MONILLO PARA SEÑORA CON MANGAS Á LO MAINTENON.

- | | | |
|----|---|--|
| N. | 1 Delantero. | |
| | 2 Costadillo. | |
| | 3 Espalda. | |
| | 4 Bucle de la manga. | |
| | 5 Parte baja de la manga. | |
| | 6 Jockey. | |
| | 7 Parte alta de la manga. | |
| | 8 Embutido: bordado inglés. | |
| | 9 Guarnicion: feston. | |
| | 10 Esquina para pañuelo C. B. ligadas: al pasado. | |
| | 11 Alfabeto gótico: al pasado. | |
| | 12 Esquina para pañuelo M. F.: al pasado, feston y calados. | |
| | 13 Id. E. S. ligadas: al pasado rico. | |
| | 14 Id. C. M. id.: id. y lunares. | |
| | 15 Guarnicion: imitacion de guipure. | |
| | 16 Id.: feston. | |
| | 17 Embutido: id. y bordado inglés. | |
| | 18 L. B.: id. y lunares. | |
| | 19 María de los Dolores Baena y Lopez: al pasado. | |
| | 20 Carmen Gil: id. rico. | |
| | 21 Adelaida Santaló: id. y lunares. | |
| | 22 Marcelina Cachon: id. | |
| | 23 Amelia Cachon: id. | |
| | 24 Pedro Cachon: id. | |
| | 25 Antonio Vidal: id. ó feston. | |
| | 26 Antonia Cachon: id. | |
| | 27 Elena: id. | |

- N. 1 Pañuelo: al pasado ó punto de pluma.
 2 Guarnicion: feston.
 3 y 4 Cuello breton y puño: debe hacerse en nausouk ó muselina bordando las puntas al pasado.
 5 Esquina para pañuelo, A. M. ligadas: al pasado rico.
 6 Guarnicion: al pasado ó feston y ojete ó lunares.
 7 Esquina para pañuelo F. C.: al pasado.
 8 Id. J. A. ligadas: feston.
 9 Guarnicion: bordado inglés y feston.
 10 Pañuelo: puntos de pluma y de escala; ojete, lunares y feston.
 11 Embutido: bordado inglés.
 12 Guarnicion: feston y ojete.
 13 Pañuelo: id.
 14 Guarnicion para enagua: al pasado.
 15 Esquina para pañuelo F. M.: id.
 16 y 17 Cuello mosquetero y puño: feston.
 18 Guarnicion: feston.
 19 id.: id. y ojete.
 20 Esquina para pañuelo A. L. ligadas: al pasado.
 21 Id. id. O. B.: al pasado, lunares y calados.
 22 Guarnicion: feston y ojete.
 23 y 24 Cuello breton y puño, con ojales: al pasado.
 25 Pañuelo: al pasado y feston.
 26 Esquina para pañuelo M. A. ligadas: al pasado y bordado lijero.
 27 Id. id. C. P. y A. H.: al pasado.
 28 Dibujo para pechera de camisa de hombre: bordado lijero.
 29 L. C.: al pasado rico.
 30 R. Q.: id. id.
 31 T. R. ligadas: al pasado.
 32 V. D. id.: id.
 33 Matilde Corral: id. ó feston.
 34 Ricardo Suarez: id. id.
 35 A. P.: id. id.
 36 Manuela Corral: id.
 37 Nemesia Corral: id.
 38 Bernardino Lopez: id.
 39 J. P. S. A. y R.: id. rico.
 40 G. L. ligadas: id.

No habiendo llegado a tiempo el artículo de la Sra. Sinues de Marco, con el cual principiamos nuestros cuadernos de mes, ha sido imposible su colocacion, teniendo que insertarlo en diferente lugar.

SUMARIO.—*Las siete virtudes capitales, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta, conclusion.*—*Un nido de palomas, por Doña María del Pilar Sinués de Marco.*—*La mujer, estudios morales, por Doña María del Pilar Sinués de Marco. Segunda serie.*—*La planta maldita, cuento por D. Fernando Martinez Pedrosa.*—*Capítulo 17.... por D. Felipe Carrasco de Molina.*—*Las almas gemelas, novela original por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.*—*A la distinguida escritora. Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco, por D. Servando Marassi y Granados.*—*Narracion épica, por D. Juan Miguel d' Arrambide.*—*Revista de Madrid, por D. Sebastian de Mobellan.*—*Alegrías del cielo, por D. Antonio de Trueba.*—*Al dulce poeta de las flores D. José Selgas, por Doña Victorina Bridoux y Mazzini de Dominguez.*—*Revista de teatros, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Modas de París, por Mme. Juliette Lormeau.*—*Productos industriales, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Esplicacion del figurin de modas.*—*Id. de la hoja doble de patrones y bordados.*—*Geroglífico.*

LAMINAS.—*Figurin para vestidos de señoras.*—*Dibujo de tapicería.*—*Hoja doble de patrones y bordados.*—*Hoja de música.*

Solucion del geroglífico anterior.

La muerte nivela las fortunas y al lado del pobre descansa en paz el rico.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.



M



EE



O